
This is a reproduction of a library book that was digitized by Google as part of an ongoing effort to preserve the information in books and make it universally accessible.

Google™ books

<https://books.google.com>





Acerca de este libro

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

Normas de uso

Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

Asimismo, le pedimos que:

- + *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.
- + *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.
- + *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.
- + *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

Acerca de la Búsqueda de libros de Google

El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página <http://books.google.com>

DEL PALACIO Á LA TABERNA,

ZARZUELA EN TRES ACTOS,

ARREGLADA DEL FRANCÉS

POR D. FRANCISCO CAMPRODON.

MÚSICA DE

D. JOAQUIN GAZTAMBIDE.

Representada por primera vez en Madrid, en el teatro de la Zarzuela, en Diciembre de 1861.



MADRID.

IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ, FACTOR, 9.

1862.

PERSONAJES.

ACTORES.

ESTELA DE FUENCLARA.....	SRA. SANTAMARIA.
BARBARA LENTEJA....	FERNANDEZ.
TIA CONGOJAS.....	BARDAN.
CONDE DE FUENCLARA.	SRES. CUBERO.
MARQUES	FUENTES.
VIZCONDE.....	ROCHEL.
BARON DE TRONCOSECO.	CALTAÑAZOR.
DANIEL, sargento.....	SANZ.
CABO PACHORRA.....	ARDERIUS.
SOLDADO 1.º	N. N.
CRIADO.....	N. N.
BEBEDORES 1.º y 2.º....	N. N.

Nobles, soldados y pueblo.

Epoca, Felipe V.

La propiedad del libreto de esta zarzuela, la del de

El Dominó azul.	El Relámpago.
Los Diamantes de la Corona.	La Jardinera.
Tres para una.	Por conquista.
Guerra á muerte.	Un Pleito.
Marina.	Beltran el aventurero.
El Vizconde.	Un Cocinero,
El Diablo en el poder.	Quien manda mandal!
El Lancero.	El diablo las carga.
Juan Lanas.	El zapatero y el banquero
Una vieja.	El gran bandido.
Una niña.	

y la de los dramas

Flor de un dia.	Libertinaje y pasion.
Espinas de una flor.	Una ráfaga.

pertenece á D. Francisco Camprodon, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en los teatros de España y sus posesiones, ni en los de Francia y las suyas.

Los corresponsales de la galeria dramática y lirica titulada EL TEATRO, son los encargados exclusivos de la venta de ejemplares y del cobro de derechos de representacion en todos los puntos.

ACTO PRIMERO.

El teatro representa un salon del palacio del Conde, lleno de retratos de familia. Chimenea ardiendo en el fondo; á los lados de ella balcones que dan al jardin. En el ángulo izquierdo del fondo, puerta que vá al jardin. En el segundo plano izquierda retrato practicable; en el primero, puerta á las habitaciones interiores. En el ángulo derecho del fondo, puerta de entrada; en el segundo plano, retrato igual al de la izquierda, y en el primero puerta tambien igual á la del lado opuesto. Mueblaje rico; jarros sobre la chimenea. Mesas á los dos lados, sueltas.

ESCENA PRIMERA.

EL CONDE, EL MARQUES, EL VIZCONDE y CORO DE CABALLEROS, con gran misterio y animacion.

CORO. Madrid de júbilo hirviendo está;
cayó ya el ídolo del pedestal;
se escuchan vítores sonar doquier,
la patria se ha salvado:
Alberoni cayó del poder.
El rey magnánimo cansóse al fin
de los desórdenes del mandarin;
el grito unánime de la opinion,
celebra la ruina
del ministro que no era español.

CONDE. Bastante prematuro
el gozo es en verdad,

:

- hasta saber, señores,
quién le sucederá.
- CORO. De su caída súbita
se os cita como autor,
y encuentran todos lógico
que el rey os llame á vos.
- CONDE. ¡Qué disparate! ¿Ministro yo?
- CORO. Dificilmente le habrá mejor.
- CONDE. Si me inflama la lucha bravia
contra el coloso
dominador del rey,
el olor del incienso me hastia
que se levanta
en torno del poder.
Ya sé bien que al que el mando le halaga,
cada lisonja
le cuesta una merced,
y no quiero rendirme á la plaga
de tanto zángano
que acude á pretender.
- CORO. (¡Oh, dolor! la esperanza naufraga
de los que fuimos
á trabajar por él:
si este inozo no dá mejor paga,
el que ha caído
valia mas á fé.)
- Siquiera á los amigos
poned hoy en favor,
y haced, si os acomoda,
después la dimisión.
- CONDE. Señores, yo no sirvo
á nadie de escalon.
Con toda el alma
yo conspiré
contra Alberoni
no sé por qué:
medre quien pueda,
mas no por mí;
yo no conspiro
contra el país.
- (Se retiran saludando fría y cortesmente al Conde,
cantando los cuatro versos siguientes.)

CORO. Con Dios, amigo,
con Dios quedad;
si no cambiáis de ideas
no sereis nunca popular.

ESCENA II.

CONDE, el MARQUES y el VIZCONDE.

HABLADO.

MARQ. ¿Sabéis que me maravilla
vuestra conducta, Fuenclara?
Si no quereis ser ministro,
¿por qué conspirais?

CONDE. Por nada,
para hacer algo.

MARQ. ¡Es capricho!

CONDE. Me divierto.

MARQ. Pues la chianza,
á haber triunfado Alberoni,
pudiera saliros cara.

CONDE. Por lo mismo, el conspirar
sin riesgo no tiene gracia.
Francamente, amigos míos,
me indigna que una sotana
gobierne á esta gran nacion;
no me someto á las faldas
masculinas, á las otras
les rindo un culto entusiasta.

MARQ. Aprobado, é idem.

VIZC. Idem.

MARQ. Entonces, ¿cuál es la causa
de esos preludios de fiesta?

CONDE. Os lo diré en confianza:
caso á mi hermana.

MARQ. ¿La que
mandasteis siendo muchacha
á educarse con su tia
en el castillo de Aranda?

CONDE. Es la única que tengo:

mi buen padre, que Dios haya,
me recomendó al morir
que cuidase de educarla,
lo cual me correspondia
como jefe de la casa:
pero conociendo yo
que mi escuela es algo lata,
y escasa de austeridad
en mis costumbres privadas,
dije: no soy á propósito
para llenar esa carga;
y se la endosé á mi tia,
que es grave, virtuosa y sábia,
y reune en condiciones
todas las que á mí me faltan.

MARQ. La habrá educado encogida.

CONDE. La moza mas estirada
que pisa tierra en Castilla,
y muy capaz, si la ultrajan,
de partir á un coracero;
es legitima Fuenclara:
tiene el corazon de un ángel;
no puede ver una lástima,
pero la cabeza llena
de ideas estrafalarias,
de mando, de independencia,
de aventuras arriesgadas;
mas si en cambio se la lleva
por buenas, no tiene tacha.

MARQ. ¿Y tan bizarra amazona,
contra quién vá destinada?

CONDE. Contra un camarada nuestro,
jefe de una ilustre casa;
el baron de Troncosoco.

MARQ. ¿Qué lástima de muchacha!

CONDE. ¿Por qué?

MARQ. Porque es un borrego.

CONDE. Eso ha menester mi hermana.

MARQ. ¿Le conoce á él ya?

CONDE. Aun no.

MARQ. Pues entonces no se casa.

CONDE. Vaya si se casará...

si mi consejo no basta
me queda mi autoridad
de jefe para obligarla:
mi hermana tiene talento
y está frisando en la raya
de los veinte y cinco abriles,
y á esa edad no hay muchácha
que no abrigue la ambicion
de verse bien colocada.

VIZC. Si tuvo ya otros amores...

CONDE. Ninguno, bajo palabra:
sabeis que me la pidió
el marqués de Ponferrada,
y al proponérselo á ella
dijo que no le gustaba.

VIZC. Pues lo mismo dirá ahora.

CONDE. Lo veremos.

VIZC. No se casa.

CONDE. Pues bien, hoy llega, os apuesto
á que se casa mañana.

MARQ. Suenan guitarras, ¿no oís?

VIZC. Puede que os den serenata
creyéndoos ministro.

MARQ. ¿A ver?

CONDE. Lo sentiria en el alma;
las serenatas de hoy suelen
ser piedras para mañana.

CORO. (Dentro.)

Barbarita es mi amparo
y es mi salero,
si á mirarla me paro
no le hallo pero:
es Barbarita
de las mozas del barrio
la mas bonita.
Niña morena,
cuando te miro
yo me enardezco,
yo me encandilo,

yo tengo dudas
cuando estoy chispo
si es de tus ojos
ó es de tu vino;
aun mas que tu mosto
tu cara me obliga;
ay, tabernera del alma,
Dios te bendiga.

HABLADO.

- CONDE. No es á mí, gracias á Dios.
MARQ. Es la turba cotidiana
de mozos chispas que vuelven
de la taberna de Bárbara.
- CONDE. ¿Qué taberna es esa?
MARQ. Un templo
de Baco donde escanciaba
el sabroso Valdepeñas
la muchacha mas gitana...
y en que alguna que otra vez
envueltos en nuestras capas
hemos ido allí á explorar
las populares usanzas.
- CONDE. ¿Es posible?
MARQ. ¿No sabeis
que el goce está en la mudanza?
Conde, no todo han de ser
reverencias cortesanas;
hay que encanallarse un poco
de vez en cuando.
- CONDE. ¿Qué audacia!
con que vá á los bodegones
la nobleza castellana
á requebrar las manolas?
- VIZC Si las manolas son guapas,
por qué no?
- CONDE. Porque la cuna
impone á las clases altas
el gran deber... y es bonita
de verdad, esa muchachia?

- MARQ. Es un pedazo de cielo.
CONDE. ¿Si, eh?
VIZC. Cosa delicada,
ojos asi.
CONDE. Buen tamaño.
VIZC. Y unos labios y una mata
de cabello...
CONDE. ¿Negro?
VIZC. No,
castaño.
CONDE. Aun me causa
mas ilusion.
VIZC. ¡Y una boca!
CONDE. ¿Y á qué horas está en casa?
MARQ. Ahí está el quid, hace dias
desapareció del mapa,
y nos ha dejado á todos
en contemplacion.
CONDE. ¡Qué lástima!
CRIADO. (Anunciando.)
El baron de Troncosoco.
CONDE. Adelante, camaradas,
vá á entrar mi cuñado en flor,
os ruego que hagames pausa
á nuestras requisitorias;
las seguiremos mañana.

ESCENA III.

DICHOS, y el BARON, con un ramo en la mano.

- CONDE. Querido Baron.
BARON. ¡Señores!
Adios, hermano futuro,
ya veis como me apresuro
á cumplir con mis amores.
CONDE. Gracias, Baron, me es muy grato
ver la esmerada atencion...
BARON. La verdad, el corazon
me está tocando á rebato.
CONDE. Ya es regular que no tarde.
BARON. Quiero arrojarme á sus pies

para que vea lo que es...
un Troncossco cuando arde.
Empezaré su conquista
con este ramo que veis.

MARQ. ¿Pues qué no la conoceis?

BARON. Hasta ahora, ni de vista.

MARQ. ¿Y si no la encontráis bella?

BARON. Como mi futura goza
tal fama de buena moza,
ya estoy piando por ella.
¿Pongo este ramo en remojo
hasta que llegue?

(Vá á ponerlo en un jarro sobre la chimenea.)

CONDE. Si tal.

BARON. Conde, he visto al cardenal.

CONDE. ¿Si?

BARON. Me miró de reojo;
como yo le he derribado,
me tiene una ira sangrienta.

MARQ. Pues si os coge por su cuenta,
ya estais fresco.

BARON. Es un menguado
que nos tenia en un brete
con su ruda rigidez;
no hay remedio, de esta vez
no le ha valido el roquete.

MARQ. Bravo Baron, por lo visto
sois conspirador travieso.

BARON. El Conde me metió en eso,
y que diga él si soy listo.

CONDE. Mucho.

MARQ. Conque hay tanto dolo
metido aquí.

BARON. Regular,
y lo que es para llevar
un chisme, me pinto solo:
con este aire jesuítico
mas guerra le he hecho yo...
si mi madre me educó
para ser hombre político.

MARQ. ¿Quién lo duda?

BARON. El Conde.

- MARQ. ¡Bah!
- BARON. Pues no lo quiere creer,
pero le he de convencer.
- CONDE. Estoy convencido ya,
pero mi hermana es bastante
rehácia á esas intrigas...
- BARON. Pues para hacer buenas migas,
tendré yo que ser galante
y renunciar por su amor,
si es que ella tiene ese empeño
á mi porvenir risueño.
- MARQ. Debeis hacerlo, es mejor.
- BARON. Si le basta á su deseo
verme de particular...
- MARQ. Hombre, no le ha de bastar.
- VIZC. Y le sobrará.
- MARQ. Eso creo.
- BARON. Mañana es la funcion,
cuento con ustedes, eh?
- MARQ. Mil gracias, no faltaré.
- VIZC. Ni yo tampoco, Baron.
Adios, Conde.
- CONDE. Voy tambien.
¿Venis, Baron?
- BARON. Yo no salgo,
tengo que repasar algo.
- CONDE. Corriente, repasad bien.
(Vánse por el fondo.)

ESCENA IV.

BARON, y luego BARBARA.

- BARON. Pues señor, ahora es preciso
organizar cuatro frases
que vayan á la tetilla;
hay que hacer efecto en grande.
¡Canastos, qué guapa chica!
- BARB. Perdone usia.
- BARON. Adelante,
pimpollito encantador.
(Con esta voy á ensayarme.)

Moniça.

BARB. Me llamo Bárbara.

BARON. Si tú me quisieras...

BARB. Arre.

BARON. (Á este saludo bestial
no le encuentro el consonante.)

BARB. Me dice usted cuándo llega
la señorita?

BARON. Mas tarde.

BARB. ¿Vienes á pedirle algo?
Yo no pido nada á naide,
está usia? Estos señores
se figuran al instante
que una les viene á pedir...
Tengo lijnosna pa darle.

BARON. Hija, no tuve intencion
de lastimar en un ápice...

BARB. Yo soy Bárbara Lenteja,
y en Aranda me crié,
y donde usia me vé,
yo soy castellana vieja;
y tengo un cariño estrecho
á la señorita, estamos?
porque ambas á dos mamamos
la leche de un mismo pecho.
Yo era pobre y me dió abrigo
en su riquísima estancia,
y en los días de la infancia
ella ha jugado conmigo.
Y vale mas la largueza
con que ella dá al pobre el pan,
porque hay ricos que al dar, dan
con un hueso en la cabeza;
y le tengo ley de aquella,
vamos, que no tiene tasa;
si quiere que arda mi casa,
la pego fuego por ella.

BARON. Pues chica, ya pronto vá
á llegar tu señorita;
pero dime: ¿es tan bonita
como tú?

BARB. Quite usted allá.

- BARON. (Es graciosa aunque vasta.)
Conque segun tu relato...
- BARB. Si vale mas su zapato
que yo y que toda mi casta.
- BARON. Voy sospechando que es algo
excesiva tu modestia.
- BARB. ¿Me cree usia tan bestia
que no sepa lo que valgo?
- BARON. ¿Y eres casada ó doncella?
- BARB. Soy doncella todavia,
muy servidora de usia.
- BARON. Es raro, siendo tan bella.
- BARB. Es que en viniendo cualquiera
á soltarme esas tonadas,
le echa á cajas destempladas
mi tia la tabernera;
y como me quiere bien,
debo guardarla respeto,
y por eso me someto
y le digo á todo amen;
ella trabaja y se afana
para regalarme á mí.
- BARON. Pero, ¿por qué piensa asi
la tarbernera inhumana?
- BARB. Porque en oliendo á varon,
el mejor no vale un higo,
y aunque yo la contradigo,
ella tiene la opinion
de que lo que es pa tomarle,
ni uno hay que valga en la córte
el real que importa el importe
de una cuerda para ahorcarle.
- BARON. ¡Oh, tabernera homicida!
¿y opinas tú como ella?
- BARB. No, señor, yo soy doncella,
y no ha de ser por la vida;
mañana quizá, si hoy no,
si alguno pena por mí,
me case: pero eso si,
mansito, que mande yo.
- BARON. Lo dicho, dicho, es bonita.
- BARB. Oigo su voz allá afuera.

ESCENA V.

DICHOS, el CONDE, ESTELA, y detras de ellos, doncellas que traerán bultos de equipaje, y una jaula con un loro, que dejarán allí y despejarán.

CONDE. Aquí está la viajera.

BARB. (Abrazándola.)
Señorita.

ESTELA. Barbarita.

CONDE. ¿Quién es esa niña bella?

BARON. Esa preciosa aldeana
dice que es como una hermana
que se crió allá con ella.

MUSICA.

ESTELA. De tu cariño, huérfana,
desde mi tierna edad,
con lágrimas de júbilo
llego al paterno hogar.

CONDE. A tu cariño abiertos
mis brazos siempre estan.

ESTELA. No satisface al pecho mio
mirar las aguas del manso río,
ni de las aves los trinos suaves,
ni de las aguas el murmurar
entre su muda calma,
entre su soledad,
á voces grita el alma:
quiero vivir y amar.

CONDE. A la ilusion el alma
comienza á despertar.

BARON y) El grito de su alma
BARB.) es propio de su edad.

CONDE. Un mundo de placeres
á abrirse vá ante tí,
y van á ser tus gracias
encantto de Madrid.

ESTELA. Hermano mio, gracias mil,

con que me quieras
seré feliz.
Vida y placer
en derredor,
temple la sed
de mi corazón.
Digna de tí
me verás ser:
siento una voz
que me impele al bien,
yo siento, hermano mío,
el alma tuya en mí;
ni me intimida el riesgo
ni la mirada
de un Amadis.
Será un eden mi vida
si es junto á tí.

BARB. Por Dios que es amazona
y muy gentil;
cuando yo tenga un lance
irá por mí.

CONDE. Dulce y querida Estela,
eres gentil,
todo el cariño mío
es para tí.

BARB. Ya digo yo que tiene
mucho de aquí;
vale su alma el oro
del Potosí.

DECLAMADO.

BARON. (Yendo á coger el ramo que antes ha puesto en remojo y presentándolo á Estela.)
Sirva á mi entusiasmo de eco
este presente.

ESTELA. Lo estimo,
no sé si debo...

CONDE. Es tu primo
el Baron de Troncosco.
(Estela acepta el ramo.)

- BARON.** (Bajo al Condé.)
Ya vereis si estoy certero,
si ine declaro la paro.
- CONDE.** Aun no.
- BARON.** Pues no me declaro.
- CONDE.** Yo os allanaré el sendero.
Procurad ser muy galante
y aprovechad la ocasion
de hacerle buena impresion.
Muchacha, ven un instante
á ayudar á colocar
las cajas en su aposento.
- BARB.** Voy, señor.
- ESTELA.** Vuelve al momento,
tenemos mucho que hablar.
(Vánse Bárbara y el Conde por la puerta izquierda.)

ESCENA VI.

ESTELA, y el **BARON.**

- BARON.** Primita mia.
- ESTELA.** Primito.
- BARON.** Un favor pediros quiero.
- ESTELA.** ¿Cuál es, Baron?
- BARON.** Lo primero
que me llameis Tancredito.
- ESTELA.** Concedido.
- BARON.** Y luego imploro
de esa boca de alhelí,
que me ordene algo.
- ESTELA.** ¿Si?
- Llevad la jaula del loro.
- BARON.** Allá voy. (Toma la jaula y vuelve con ella.)
Si no me excedo
á formular todavia
la tierna esperanza mia...
(Soltando la jaula y dando un grito.)
¡Ay! que me ha cortado un dedo.
- ESTELA.** (Recogiendo la jaula.)
¡Vaya una gracia gentil!
Dejar caer un lorito

tan bonito.

BARON. Muy bonito.

(Yo le daré perejil.)

ESTELA. ¿Qué decis?

BARON. Que por de pronto
voy á echar un parchecito
á la gracia del lorito,
y vuelvo. (Váse por el fondo derecha.)

ESTELA. Mi primo es tonto.

ESCENA VII.

ESTELA, el CONDE.

CONDE. Y bien, Estela...

ESTELA. Mauricio...

CONDE. ¿Qué te parece el Baron?

ESTELA. Un ente sin ton ni son.

CONDE. Muy pronto has formado juicio.

Sabe, pues, que me pidió
tu mano.

ESTELA. ¿Mi mano?

CONDE. Si:

¿qué te parece?

ESTELA. ¿Y á tí?

CONDE. Yo se la doy.

ESTELA. Pues yo no.

CONDE. Harás mal, es opulento,
amante de tu belleza,
y á mas le sobra nobleza.

ESTELA. Pero le falta talento.

CONDE. No es el talento un gran bien:
mi difunta Estefania
tuvo la misma mania,
quiso talento tambien,
y me dió mano de esposa;
y aunque de ello me arrepiento,
te juro que mi talento
no la supo hacer dichosa:
me arrastraban los placeres,
por lo mismo que era ducho,
gustándome, pero mucho,

todas las demas mujeres.
Me oprimia mucho el lazo
que sujetaba mi aliento,
y el desórden y el talento
van casi siempre del brazo.
Mi esposa halló un fin temprano;
yo que por tu dicha velo,
si no fuí esposo modelo,
deseo ser buen hermano.

ESTELA. Si esa regla es como suena,
la mujer á quien le toque
por marido un alcornoque,
debe estar de enhorabuena.

CONDE. (¡Zape!) Es un error muy craso
exagerar las ideas
de esa suerte...

ESTELA. No lo creas;
si me convences, me caso.

CONDE. La desgracia ó la fortuna
te han dado cuna condal
que obliga á un enlace igual.

ESTELA. Sé lo que debo á mi cuna.

CONDE. Pues si lo sabes, cuitada,
acepta al Baron.

ESTELA. Jamás.

CONDE. Si tú le dominarás.

ESTELA. Si quiero ser dominada;
yo tengo ideas contrarias
y no le podré querer.

CONDE. Eso no pasan de ser
ideas estrafalarias.
Si obliga el timbre condal
á un enlace sin amor,
te dá por compensador
la alta posicion social;
y á tu hermano corresponde
no dejar prevalecer
tus ideas de mujer.

ESTELA. Si yo lo soy, señor Conde.

CONDE. Nuestro padre al espirar
me dió poder absoluto
sobre tí, y ves que discuto

- cuando pudiera mandar.
- ESTELA. Pero discutes de un modo
que ahogas la discusion.
- CONDE. Porque me sobra razon;
la clase es antes que todo.
Acceder ambos debemos,
no hay partido que hoy le iguale.
- ESTELA. ¿Vale discutir?
- CONDE. No vale.
- ESTELA. Pues me planto.
- CONDE. ¿En qué?
- ESTELA. En... verèmos.
- CONDE. Estela, créeme á mí,
haces mal en vacilar,
tú eres capaz de gastar
las minas del Potosí...
- ESTELA. Tienes razon, hasta ahora
tal vez me excedí en gastar:
si llamas gasto al secar
las lágrimas del que llora,
consiste en que yo he creido
honrar mi nobleza asi.
Ve á Aranda y oirás allí
nuestro nombre bendecido.
Cuantos pechos acibara
el dolor ó la indigencia,
creen que la providencia
es la casa de Fuenclara,
y si vieras con qué excesos
de bendiciones se cobra
el darles lo que nos sobra...
- CONDE. (Es Fuenclara hasta los huesos.)
- ESTELA. Figúrate tú, una anciana
que en el mundo no tenia
mas que un hijo, á quien queria
ciegamente: una mañana
con cariñosa avidez,
fué á llamar como solia
á aquel hijo en quien veia
el sosten de su vejez:
en vano le fué á llamar,
porque el hijo despiadado

se habia hecho soldado
abandonando su hogar.
Y allí su madre espirara
de miseria y frenesi,
á no haber habido allí
el castillo de Fuenclara,
porque al saber la noticia
tu hermana, el castillo deja,
y corre á dar á la vieja
lo primero una caricia:
y con mil consuelos suaves
y mi ardiente geniecillo,
la traje á nuestro castillo
y la hice ama de llaves,
y allí está: y en casos tales
empeño y vendo mi trenes;
¿para qué sirven los bienes
si no remedian los males?

CONDE. Muy bien hecho, hermana mia.

ESTELA. ¿Verdad que si? y qué placer
dá oír á aquella mujer
bendecirnos cada dia.

Al marcharme me previno,
«rogad vos por mi Daniel,
que si vos rogais por él,
él volverá á buen camino.»

CONDE. Aunque tu caudal vulneras,
tu noble conducta alabo.
Sé en cambio dócil.

ESTELA. Si al cabo
me harás hacer lo que quieras.

ESCENA VIII.

DICHOS, BARBARITA con una carta, y luego el BARON con un
ramo.

BARB. Señor Conde, un hombre trae
para usia este papel,
que dice ser muy urgente.

CONDE. Algun pretendiente, á ver...
(Se acerca á la luz y lee.)

ESTELA. Ay, Barbarita, mi hermano
quiere casarme.

BARB. ¿Con quién?

ESTELA. Con mi primo, que es imbécil.

BARB. Si usia no gusta de él,
¿hay mas que decir que pones?

ESTELA. Me temo que de esta vez
me sublevo.

BARON. (Llegando y presentando el ramo á Estela.)
Prima mia,
permitid que á vuestros pies
un alma envuelta entre flores...

ESTELA. ¿Otro ramito?

BARON. Un verjel
de esperanzas lisonjeras...

CONDE. (Viniendo azorado con la carta en la mano.)
Buena la hicimos, pardiez.

BARON. (Continuando á los pies de Estela.)
¿Me permitireis que empiece
á insinuarme?

CONDE. Atended
á lo que el marqués de Robles
me escribe: «amigo, el rey
»ha hecho paz con Alberoni,
»y le ha devuelto el poder.»

BARON. ¡Canastos!

CONDE. «La primer órden
»que puso á la firma, fué
»el inmediato secuestro
»de todo cuanto teneis,
»y otra igual contra el Baron
»de Troncosco tambien.»

BARON. Pero esto es horroroso.

CONDE. «Huid pronto si podeis,
»pues me consta que ha mandado
»prenderos.»

BARON. Dios de Israel.

CONDE. «Huid y avisad de paso
»al Baron, si no quereis
»que os encierren esta noche
»en la Inquisicion con él.»
Qué pais este.

- ESTELA. Mauricio.
- BARB. ¡Vaya un lance!
- CONDE. He de hacer...
- BARON. Que á él le prendan es lógico,
pero á mí, señor, ¿por qué?
- CONDE. Animo, Baron.
- ESTELA. ¡Dios mio!
- CONDE. No hay que desmayar.
- BARON. Eso es,
ánimo, ánimo cuando
tal vez me tuesten la piel.
- CONDE. Dignidad antes que todo.
- BARON. Dignidad, pues ya se vé
que voy á tenerla. Hoy mismo
voy á arrojarme á los pies
de Alberoni, y á pedirle
que me perdone.
- CONDE. ¿Osareis
degradaros á ese extremo?
- BARON. Si, señor, no sé por qué
se conspira contra ese hombre,
que es un sabio, y es un buen
ministro, la ambicion loca...
- CONDE. ¡Miserable!
- BARON. Va se ve,
el criticar es muy fácil,
pero yo quisiera ver
qué hariais vos de provecho
si os vierais en lugar de él.
- CONDE. ¿Y vuestro enlace?
- BARON. Á buena hora.
- CONDE. ¿Y mi hermana?
- BARON. ¿Y yo? ¿Pues qué,
no soy nadie?
- CONDE. (Iracundo.) Idos, idos.
- BARON. Eso quisiera yo hacer,
pero temo que al salir
me echen el guante.
- CONDE. Pardiez.

ESCENA IX.

DICHOS y un CRIADO viejo, que llega sobresaltado.

- CR. ADO. Señor, el patio está lleno
de soldados que en tropel
invaden los aposentos.
- CONDE. ¡Voto á Santiago!
- BARON. ¿Lo veis?
ya caímos en la trampa,
y á mí me van á prender
por meterme á farolero.
Señor, ¿por qué conspiré?
- CONDE. (Abriendo una puerta secreta que formará uno de
los retratos de la parte de la izquierda del foro.)
Métete en este aposento,
Estela mia, hasta ver
si encontramos algun medio
de escapar.
- BARON. ¿Y yo?
- CONDE. Tambien.
- BARON. Que nos traigan comestibles.
- BARB. (Acompañando á Estela.)
Señorita, de esta vez
cargó el diablo con la boda.
- BARON. Señor, ¿por qué conspiré?
(Se meten por la puerta secreta todos menos Bár-
bara.)

ESCENA X.

BÁRBARA, SOLDADOS, luego el CABO PACHÓRRA por el fondo,
y al indicarlo los versos, el SARGENTO DANIEL por la puerta
del jardín con unas botellas en la mano.

- SOLD. Ya pareció el contrabando.
- BARB. Muy bien venidos seais,
señores soldados.
- SOLD. Chica,
no hay escape, hay que empezar
por cobrar las aduanas:

venga un abrazo.

BARB. Pues ya.

SOLD. Mira que vá á haber registro.

BARB. ¿Y á quién vá usted á registrar?

SOLD. Á toa mosa pulia
que ençuentre llena de sal
sin comprarla en el estanco.

BARB. ¿De veras?

SOLD. Pues claro está.

Si la sal me glorifica.

BARB. Pues hágase usted salar.

(Se escapa por la puerta izquierda.)

SOLD. Alto aqui.

PACH. (Entrando por el fondo con un libro en la mano.)

Artículo cuarto:

el cabo debe cuidar
de que haya orden en la cuadra.
Orden.

SOLD. Señor cabo.

PACH. ¿Qué hay?

SOLD. Pedí un abrazo á una chica.

PACH. ¿Pero ella lo quiso dar?

SOLD. No, señor.

PACH. ¿No? Pues entonces
paciencia y conformidad.

SARG. (Saliendo.)

Tomadas las avenidas,
nadie se puede escapar,
y en el ínterin instalo
aqui el cuartel general.

(Dejando las botellas sobre la mesa.)

El registro los esbirros
del Santo Oficio lo harán.

PACH. Á la orden, mi Sargento.

SARG. Traigo con qué remojar.

PACH. ¿Cogiste la artillería
del enemigo?

SARG. Aqui está;
puesto que el rey ha mandado
hacer secuestro formal
de los bienes de este Conde,
he empezado á secuestrar

estas botellas de rom
de su bodega.

PACH. ¡Já, já!

Alonsito, anda ligero
á la cocina á buscar
copitas para el refresco:
anda, hijito.

SOLD. Voy allá. (Váse.)

OTRO. (Á otros.)

¿Qué habrán hecho estos señores
que nos mandan capturar?

PACH. ¡Qué bárbaro! según eso,
tú serias muy capaz
de prender á uno ignorando
si es ó no es criminal?

SOLD. Cabo Pachorra; si usted
nos lo quiere relatar...

PACH. Toma, si yo lo supiera
os lo hubiera dicho ya.

SARG. Parece ser que este Conde
habia fraguado un plan
para perder á Alberoni,
que es el ministro, animal.

PACH. Si es animal el ministro,
por qué le nombran?

SARG. Patan,
no digas barbaridades.

PACH. ¿Dije alguna?

SARG. Colosal.

PACH. Bueno.

(Se sienta en un sillón.)

¡Qué sillas tan blandas:
canastos, qué bien se está!

SARG. Si hubieses nacido noble
y tuvieses además
lo que te hace falta, entonces
podrias tenerlas.

PACH. Ya.

Pero como estoy privado
de esa doble cualidad,
resulta en limpio que duermo
en cama de pedernal.

- SARG. Pues yo con nobleza cuento,
mas no tengo... que contar.
- PACH. ¿Calla, con que tú eres noble?
Qué has de ser tú...
- SARG. Voto á san,
si lo era mi padre, yo
debo serlo, ¿no es verdad?
Mi padre era hijo segundo
del conde de Monteorgaz,
y se casó con mi madre,
y se comió su caudal,
y se marchó al otro mundo
asi que le acabó el pan.
- PACH. ¡Hombre, qué bien ajustó
las raciones!
- SARG. Pero el mal
estuvo en que me dejó
niño, y sin tener de acá.
Mi pobre madre, de chico
me acostumbró á trabajar,
lo cual nunca me ha gustado.
- PACH. Siendo noble es natural.
- SARG. Yo he sido un vivo retrato
de mi padre, en lo holgazan.
- PACH. ¡Qué fuerza tiene la sangre!
- SARG. Y asi que tuve la edad
de tomar el chopo, dije:
ya que aqui se pasa mal,
voy á que el rey me mantenga,
y me hice militar.
- PACH. El hombre debe servir
á su patria en guerra y paz...
- ALONSO. Aqui hay vasos para todos.
- PACH. ¿Si? pues basta de moral.
¿Quieres mojar la palabra?
- SARG. Venga, no hay dificultad.
- PACH. Artículo sexto: «El cabo
no se puede emborrachar.»
¿Que no pueda? voto al diablo,
pues lo voy á averiguar.
-

MUSICA.

SARG. El corazon en calma
vive mohino,
hay que agitar el alma
con guerra y vino:
la vida corre ingrata
sin variedad,
hasta que amor desata
su tempestad.
Mis años roben,
robar los dejo
por moza jóven,
por vino añejo:
que al militar
no ha de faltar
para inflamar
y hacer latir con brio
su corazon
niñas á quien amar,
tabaco y ron.

SARG. y CORO.

Sin flores que la borden
la vida aterra;
el goce es el desórden,
amor y guerra:
jamás su fuerza ostenta
mejor el mar,
que cuando la tormenta
se vé bramar.
Mis años borden, etc.

(El coro repite el estribillo: Pachorra se queda un poco chispo, y el Sargento un poco excitado.)

HABLADO.

SARG. Bebe mas, Pachorra.
PACH. «El cabo
no se puede emborrachar.»

- Sospecho que la ordenanza
no nos dice la verdad.
- SARG. Basta de beber, muchachos,
id abajo á vigilar:
Pachorra y yo nos quedamos
aquí de plantón.
- PACH. Cabal,
Pachorra y yo nos quedamos.
- SARG. Á ver como me mandais
á la mas pequeña cosa
parte de la novedad. (Váns e.)
Otro traguito, Pachorra.
- PACH. Hombre, si no puedo mas:
ya tengo mi suficiencia
y tú me vas á achispár.
- SARG. Pues yo bebo por quitarme
un peso que me hace mal.
- PACH. ¿En dónde?
- SARG. Aquí.
- PACH. Será el forro
de la casaca quizás?
- SARG. No, es un remordimiento.
- PACH. ¿Y quién te mordió?
- SARG. El pesar.
de ser un mal hijo.
- PACH. ¿Tú?
- SARG. Escúchame y lo sabrás.

MUSICA.

Una mañana
de un triste día,
mi madre anciana
yo abandoné.
Era mi faro,
era mi guía,
y en desamparo
yo la dejé;
y desde entonces
de noche y día
me alcanza un eco

del sitio aquel,
que me sigue gritando:
Daniel, Daniel.

PACH. Como piel de gallina
tengo mi piel.

SARG. Y si la pobre
ha sucumbido
á la miseria
y á la afliccion,
su último acento
tal vez ha sido
un justo grito
de maldicion,
y entre mis sueños
hiere mi oído
el eco triste
del grito aquel
que sin cesar me llama
Daniel, Daniel.

PACH. Si tu país te llama
vuélvete á él.

SARG. Volver no puedo,
que con el dedo,
ahí vá el mal hijo
señalarán;
por donde quiera
que me dirija,
como á una fiera
me seguirán.

PACH. Pues entonces no vuelvas
y no te lo dirán.

SARG. Madre del alma mía,
mi vida diera hoy
para alcanzar del cielo
tu maternal perdon.

HABLADO.

PACH. ¿Conque al autor de tus días
le has hecho tan infeliz?
¿No tienes sueño, Daniel?

- SARG. Qué sé yo, creo que sí.
PACH. ¿No te parece mejor
que procuremos dormir?
SARG. Antes cerraré con llave
la puerta que dá al jardín,
y así evitamos mejor
que nadie pueda salir. (La cierra.)
PACH. Tienes razón, arrimemos
dos sillas de estas allí,
y dormiremos en ellas
teniendo al lado el fusil.
Daniel, yo te quiero mucho;
tú has de decir: y yo á tí.
SARG. Eso es.
PACH. Yo te quiero mucho.
¿Quieres que apague el candil?
SARG. No, que á oscuras no veremós.
PACH. Pues abur, voy á dormir.

(Sigue la música preludiando sordamente el motivo de Daniel. En el momento que se duermen, se vá abriendo la puerta del retrato y salen por ella el Conde, Estela y el Baron con una escala de cuerda en la mano, al mismo tiempo sale Bárbara de la puerta izquierda.)

ESCENA XI.

DICHOS, CONDE, BARON, ESTELA y BÁRBARA.

- BARON. Con estas cuerdas tal vez
nos podamos descolgar.
ESTELA. Á ver si quereis callar.
BARON. Tengo un miedo como diez.
ESTELA. Duermen los dos.
BARON. No me admiro,
tal tragaban el rom puro.
ESTELA. Adelante.
BARON. De seguro
nos van á pegar un tiro.
(Estela se adelanta y apaga las luces haciendo un ligero ruido. Daniel se incorpora y echa mano del fusil.)

- SARG. ¿Qué es eso, quién anda ahí?
ESTELA. Una dama que te abona
que tu madre te perdona.
SARG. ¿Mi madre, mi madre?
ESTELA. Si.
SARG. ¿Á mi madre conoceis?
ESTELA. Si, Daniel de Monteorgaz,
te perdona y vive en paz;
yo la amparé.
SARG. ¿Qué quereis?
ESTELA. Que tu alma agradecida
nos deje salir ahora.
SARG. ¿Pero no sabeis, señora,
que eso es pedirme la vida?
ESTELA. Si tu honradez nos ampara,
no ha de faltarte un ardid.
SARG. ¿Pero quién sois vos, decid?
ESTELA. Soy Estela de Fuenclara:
yo á tu madre socorrí
y te conservé su amor.
Quieres pagarme el favor
salvándonos hoy tú?
SARG. Si,
bajad al jardin, por él
salid todos sin demora.
Dios os lo pague, señora.
ESTELA. Dios te bendiga, Daniel.
(Se van por la puerta del jardín y Daniel se queda
en el dintel escuchando atentamente.)
PACH. (Despertando.)
Sargento, ¿qué pasa aqui?
SARG. Calla, les dejé escapar.
PACH. Que nos van á fusilar.
SARG. Nada me importa.
PACH. Á mí sí.
SARG. Cállate, imbécil.
PACH. No quiero,
que me cuesta la pelleja,
que no tengo otra.
SARG. Deja
que encienda algun candelero.
PACH. Pero hombre, no hallo razon

- de que yo mi vida pierda.
- SARG. (Después de encender el candelero, viendo en el suelo las cuerdas que habrá dejado el Barón.)
Dios nos ayuda, esta cuerda será nuestra salvación.
- PACH. ¿De veras?
- SARG. Lo vas á ver.
Siéntate.
- PACH. Pues no sospecho.
- SARG. Te amarro.
- PACH. ¿Y yo, qué he hecho?
- SARG. Cállate y déjame hacer.
(Lo sujeta á una silla y le pone un pañuelo á la boca.)
- PACH. Daniel, que me estás ahogando.
- SARG. Calla, que te salvo así.
(Cogiendo un trozo de cuerda.)
ese trozo para mí,
rompo una silla y andando.
-

MUSICA.

- SARG. Alarma la guardia,
soldados, venid;
corred, que se escapan,
soldados, á mí.
- CORO. (Dentro.)
Nos llama el Sargento;
¿qué puede ocurrir?
- SARG. Los reos se escapan;
corriendo acudid.

ESCENA ÚLTIMA.

DICHOS y SOLDADOS en tropel que se meten en todas direcciones, excepto el Coro que quedará en escena.

- SARG. Sentados con el cabo
aquí en conversacion,
se nos ha sorprendido
por fuerza superior,

y con puñal en mano,
ahogando nuestra voz,
con cuerdas y pañuelos
aqui se nos ató.

Coro.

Hay que tomar venganza
de tan villana accion;
corramos en su busca,
corramos, vive Dios.
Madrid de arriba á abajo
hay que seguir
y registrar;
al sitio en que se oculten
su misma huella
nos guiará,
vengando tal ultraje,
cual cumple á su maldad,
pondremos los culpables
bajo el poder
del cardenal.

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

El teatro representa una taberna del Lavapiés. Puerta al fondo, y portillo en primer término izquierda del actor. Mostrador á la derecha con jarros, vasos y medidas: rastrilleros de botas y semicírculo de mesas para los consumidores. Tosco redado de escribir sobre el mostrador.—Al levantarse el telon las mesas de la derecha aparecen ocupadas por Alguaciles, las de la izquierda por Paisanos bebiendo: el Baron de Troncosco sumamente desfigurado con un parche en un ojo y en traje de mozo de taberna, sirviendo á las diversas mesas.

ESCENA PRIMERA.

EL BARON, CÓRO de PAISANOS y ALGUACILES.

PAIS. Ah de los Alguaciles.
ALG. Ah de la buena gente.
PAIS. ¿Qué se hace de provecho?
ALG. Cansarse inútilmente.
PAIS. Si el Cardenal les paga
no debe de irles mal.
ALG. Cuando no se hace pesca
no paga el cardenal.
Desde la noche aquella
que el Conde se nos fué,
la turba alguacilesca
andamos sobre un pié:
todo es pedir noticias,
todo es olfatear,

pero hasta ahora
no hay novedad.
Vino, muchacho,
anda velòz,
trae un cuartillo
del peleon.

BARON.
ALG.

Voy, voy.
De varias casas nobles
se ronda en derredor,
para ver si se coge
la pista de un Baron,
á quien por puro imbécil
desea monseñor,
dentro de su cochera
colgarle de farol.
No es mala chanza
para el Baron!

BARON.

(Poco alumbrada
será por Dios,
la tal cochera
con tal farol.)

ALG.

Vino, muchacho.

BARON.

Aquí está ya.

ALG.

Este es muy malo.

BARON.

El peor que háy.

ALG.

Si á la justicia
sirves tan mal,
¡ay! ¡si á sus manos
vas á parar!

BARON.

(Si tanto susto
dura un mes mas,
mi cuerda ahorro
al cardenal.)

Sombras ilustres de mis abuelos,
cerrad los ojos, pára no ver
á un siglo bárbaro en que se tratan
los Troncossecos á puntapiés:
vosotros no podriais
llegar á comprender,
todo lo que hace un hombre
para salvar la piel.

ALG.

Un alguacil bebido

huele mejor que diez.
Á las pesquisas
hay que volver.
¿Cuánto es el gasto?
Seis cuartos.

BARON.
ALG.

¿Seis?

Es caro y malo.
¿Quiere usarced
que por seis cuartos
le den Jerez?

ALG.

Pagar es fuerza;
vamos á ver
si este muchacho
nos sirve bien.

ALG.

Psit, psit.

BARON.

¿Á mí?

ALG.

Sí.

Si algun rumor á tu oído llega,
de algun lacayo
que entre á beber,
trata de ver si con mucha astucia,
lo que buscamos
puedes saber.

Métele el dedo en la boca,
que si consigues el fin,
se te dará una propina
para poderte vestir.
Con mucha maña,
con mucho ardid,
cuánto interesa
has de inquirir
y á buena cuenta del premio,
este aguinaldo
es para tí.

BARON.

Que si al tunante
cuelgan por tí,
mucha algazara
habrá en Madrid.
Haré un esfuerzo
para cumplir
el noble encargo
que me pedis.

(Yo sudo tinta,
yo estoy febril,
yo mismo temo
prenderme á mí.)

HABLADO.

BARON. He apurado la ignominia.
¡Me han dado dos cuartos, dos!
peor es esto que el verse
tostado en la Inquisicion.
Santo Cristo, qué dos meses,
que descenso tan veloz!
Bajar de casi ministro
á mozo de bodegon.
Aun recuerdo aquella noche
de terrible dispersion.
Barbarita iba delante,
detrás de ella Estela, y yo
detrás de Estela, y el Conde
como el menos corredor
detrás de todos, gritándome,
por Dios dignidad, Baron,
y busquemos un asilo •
que sea digno de nos:
pero nos corre que corre
en tanto que él se quedó
por no poder más, en casa
del conde del Ababol.
Barbarita, que era el guia
nos condujo á esta mansion
á Estela y á mí, en donde
su tia nos recibió
sin que la tierra lo oliera,
y para alejar mejor
toda sospecha, propuso
á Estela, que lo aceptó,
el ardid de que pasara
por su sobrina mayor,
y ella sin pizca de escrúpulo
tomó la batuta, y yo

tomé por no haber vacante
un mandil en comision.¡
Y hétenos aqui, que gracias
al talento de los dos,
no hay un borracho en Madrid
que no nos haga el honor
de ser nuestro parroquiano,
y estamos sin aprension:
¿quién nos ha de conocer
si no me conozco yo?
Por ver á la tabernera
se alumbran que es un primor,
y vá en aumento el consumo
como la gracia de Dios.
¡Doña Estela de Fuenclara
vendiendo vino y licor
bajo el nombre de Lucia!
Ella tabernera, y yo
Tancredo, Jorge, Manrique
de Lara, y Sotomayor
transformado en un Pepillo
fámulo de un bodegon!
Si su hermano lo supiera....

PAIS. 1.º Muchacho, aguardiente.

BARON. • Voy.

PAIS. 1.º Siempre habla solo ese mozo.

¿Será tonto? (Á otro.)

PAIS. 2.º Qué sé yo,
es un gallego bozal.

BARON. ¿Hace falta algo mas?

PAIS. 1.º No:
milagro que hayas servido
hoy tan de prisa, tumbon.

BARON. Muchas gracias.

ESCENA II.

DICHOS, y el SARGENTO, que llegará mohino á sentarse en la
primera mesa de la derecha.

SARG.

Hola, mozo;

Pepillo, ven acá.

BARON.

Voy.

SARG.

¿Cómo no está aquí Lucia?

BARON.

¿Quiere usted vino ó licor?

SARG.

Te pregunto dónde está

Lucia, ganso.

BARON.

¡Ah! salió.

Como es la boda de Bárbara

la acompañó á la funcion.

SARG.

Es verdad, no me acordaba.

(Pachorra es feliz, y yo...)

BARON.

¿Qué opina usted de esa boda?

SARG.

La hembra es guapa, el varon...

BARON.

¿Cómo el Baron?

SARG.

El marido...

BARON.

¡Ah! si, señor, si señor.

(Creí que hablaba de mí.)

SARG.

Tiene un verdadero amor

por ella, y por tanto deben

ser muy felices los dos.

BARON.

Pero en genios tan opuestos

como la sombra y el sol,

como la nieve y el fuego...

SARG.

(¡No sufro mas, vive Dios!

Si Lucia no me quiere

me pego un tiro.) (Preocupado.)

BARON.

Ó yo

soy muy lego en la materia,

ó esos dos genios...

SARG.

Me voy

á ver si la hallo... (Sin atenderle.)

BARON.

Decía...

SARG.

Sandeces sin ton ni son. (Vase por el fondo.)

BARON.

¡Ay si yo le diese ahora

rienda suelta á mi furor!

vá siendo tarde, cerremos

la puerta del callejon. (Lo hace.)

ESCENA III.

DICHOS, MARQUÉS, VIZCONDE y OTRO NOBLE, por el centro
embozados en sus capas.

VIZC. Pero, hombre, ¿en esta guarida
qué hemos de hallar?

MARQ. Vais á ver
la mas bonita mujer,
que habeis visto en vuestra vida.

VIZC. Con tales ponderaciones
me parece...

MARQ. Voto á tal,
si no la hallais celestial
silbadme en nuestros salones.

VIZC. ¿Y joya de tal valor
vive entre tanto borracho?

MARQ. Pues ahí está el quid. Muchacho.
(Se sientan.)

BARON. Voy.

MARQ. Trae vino del mejor:
esperaremos que salga
entreteniendo aquí el rato.

VIZC. Vamos á ver si el relato
es veraz.

(Sale el Baron con bandeja y vino; al verlos lo deja
caer y se vuelve de espaldas.)

BARON. (Cristo me valga.)

MARQ. Ten mas cuidado, pollino,
que si me manchas, verás...

VIZC. Buena cuenta á tu ama das
de los jarros y del vino.

BARON. (Fingiré traza de tonto
por no dar que sospechar.)

MARQ. Anda corriendo á buscar
mas vino y tráelo pronto.

BARON. Voy.

MARQ. Vais á ver qué alborozo
os dará al ver á la chica.

VIZC. Segun sea.

MARQ. Es cosa rica.

- (El Baron saca otra bandeja, que deja en la mesa.)
- VIZC. Calla, mirad á ese mozo.
- MARQ. ¿Qué tiene?
- BARON. (Yo me hago el sueco.)
- VIZC. Oyes, mozo.
- BARON. ¿Qué se ofrece? (Finge la voz.)
- VIZC. ¿No encontráis que se parece al Baron de Troncosco!
- MARQ. Es verdad, en el perfil tiene algo del Baron.
- BARON. (Me vende la distincion de mi aire señoril.)
- VIZC. Y hasta en el talento, es él.
- MARQ. Permitidme que proteste: buena diferencia; este, no es tan bruto como aquel. Siquiera no es fanfarron ni rebuzna tan sin tasa.
- BARON. (¿Cuánto vá á que en esta casa yo pulo mi educacion?)
- MARQ. ¿Dónde está tu ama?
- (Al Baron, que indica con las manos que ha salido.)
- ¿Salió?
- Vamos, habla y no te cierres.
- BARON. (Reserva, que con las erres van á decir que soy yo.)
- MARQ. ¿Y á propósito, decid, que habrá sido de Fuenclara?
- (Á sus compañeros.)
- VIZC. Se escapó, mas yo apostara á que está oculto en Madrid.
- MARQ. ¿Habrá perdido la gana de conspirar?
- VIZC. Eso no, y el caso es que se fugó sin mostrarnos á su hermana.

ESCENA IV.

DICHOS, BARBARITA, PACHORRA, vestido de paisano en traje de boda, y acompañamiento de gente del PUEBLO.

PUEBLO. Que vivan los novios

OTROS. Vivan.

PUERLO. Viva Barbarita.

UN BEB. Hola,
segun parece, la gente
ya vuelve de la parroquia.

PACH. Gracias, chicos, gracias.

PUELO. Viva

el licenciado Pachorra.

PACH. Gracias.

BARB. Qué gracias, despídeles

dándoles alguna cosa.

PACH. ¿Bueno, qué les daré?

BARB. Dales

algunos reales. Toma.

PACH. Ea, largo. Aquí teneis (Repartiendo.)

con que haceros una sopa:

repartiroslo, y andando. (Vánse los chicos.)

VIZC. ¿Es esta la buena moza (Al Marqués.)

de que hablabais?

MARQ. No.

VIZC. ¿Es que es guapa!

MARQ. Lo es mil veces mas la otra.

PACH. Desde que soy licenciado

extraño tanto esta ropa.

BARB. ¿Y Estela? (Al oído á Pachorra.)

PACH. No es tela, es paño.

BARB. (¡Torpe de mí!)

PACH. Y de Segovia.

BARB. ¿Debe abrigar mucho?

PACH. Mucho.

BARB. (Siempre se me vá la boca.)

PACH. Barbarita, ven acá,

porque el alma me retoza

al vértete tan rebonita;

y hemos de armar una broma

que haga reventar de envidia
hoy á la tia Congojas.

BARB. Déjala estar, que harto sufre
con quedarse sin parroquia

PACH. Por eso chilla, por eso.

BARB. ¿Quién es tu enemigo?

PACH. Toma,
el de tu oficio, pero es
una lengua venenosa.

BARB. Que la tenga, qué mas dá?

PACH. Es que á veces, dices cosas
que pone mi sangre en ascuas.

BARB. Pues haz que no se te ponga.

PACH. Bueno.

BARB. ¿Y Lucia?

PACH. ¿Lucia?...

ha ido á encargar las tortas
para la cena. ¿No es eso?

MARQ. Esa Lucia es la prójima. (Á los suyos.)

PACH. Pronto vendrá, está muy cerca,
digo, salvo si la topa

Daniel, que no se fatiga
de requebrarla en tres horas.

¿Sabes que para Lucia
seria muy buena boda
Daniel?

BARB. ¿Qué sabes tú de eso?

PACH. Chica, un Sargento de tropa,
me parece...

BARB. No te metas
nunca en lo que no te importa.

PACH. Bueno.

BARB. ¿Entiendes la consigna?

PACH. Lo mandas tú, punto en boca.

BARB. Aqui la tenemos ya.

(Todos se levantan y quitan el sombrero.)

TODOS. Viva la gracia española.

ESCENA V.

DICHOS y ESTELA, en modesto y elegante traje de villana manola.

MUSICA.

CORO. Salud al sol que viene
vertiendo rosicler,
la reina de la gracia,
la flor de Lavapiés.
Suspense el barrio,
parar se vé,
ante una moza
de tal poder:
el empedrado
para tus piés,
de corazones
debiera ser.

ESTELA. Cual la reina de Castilla,
luce y brilla
entre aplausos y ovacion,
como reina me saluda
gente cruda,
que me rinde el pabellon:
mi voz impera en derredor;
soy tabernera,
buen vino doy,
triste y mohino
nadie se vá,
si tras del vino
no pide mas.

Bebedores de Madrid,
venid

á apurar el moscatel,
nuevas copas escanciad,
llegad

á las heces del tonel.

CORO. Por la moza mas gentil
que á mil
tiene locos con su aquel,

nuevas copas escanciad,
brindad
por sus labios de clavel,
brindad, etc.

ESTELA. Pero no olviden mis bebedores
que yo en amores no doy cuartel.

CORO. Eso es cruel.

¿Por qué tan dura, dinos, por qué?

ESTELA. Porque el amor, niño como es,
dá mil disgustos por un placer.

HABLADO.

VIZC. No he visto en toda mi vida
muchacha mas agraciada.

MARQ. ¿No os lo dije? Es un tesoro.
Vamos á probar si es blanda.
¿Lucia?

ESTELA. ¿Qué se le ofrece?

MARQ. Acércate acá.

ESTELA. ¿Qué falta?

MARQ. ¿Quieres servirme una copa
por tu mano?

ESTELA. Con el alma. (Se la presenta.)

Ya está usted servido, y pronto.

MARQ. ¿Cuánto vale, chica?

ESTELA. Nada.

MARQ. Quiero pagarte su precio.

ESTELA. Lo que yo doy no se paga.

MARQ. Toma mi bolsa por ella. (La arroja.)

ESTELA. Guárdela usted, muchas gracias.

MARQ. Chica, quiero que la tomes.

ESTELA. Chico, no quiero tomarla.

MARQ. ¿Sabes que tienes dos ojos?...

ESTELA. Pues es verdad.

MARQ. ¿Que me abrazan?

ESTELA. Tome usted tierra, y asi
no le alcanzará la llama.

MARQ. Tienes una mano... (Vá á tomársela.)

ESTELA. Quieto,
que aquí se juega sin trampa.

MARQ. Es que ardo por tí de amor.

ESTELA. ¿Llamo que le traigan agua?

MARQ. Tú no eres lo que pareces.

ESTELA. No, que soy otra.

MARQ. No se halla
en una mujer del pueblo
tanto ingenio y tanta gracia.

ESTELA. ¿Es usted acaso ministro
de las rentas estancadas?

MARQ. No á fé: ¿por qué?

ESTELA. Como veo
que quiere estancar la gracia
en las damas de alto bordo,
le iba á echar una demanda
para que nos concediera
una poca á las villanas.

MARQ. Por Dios que estás hoy muy cruda.

ESTELA. Y eso que usted me achicharra.

MARQ. Pues, chica, de grado ó fuerza
de un abrazo no te escapas.

ESTELA. Quite allá.

MARQ. Has de abrazarnos.

ESTELA. Pachorra, coge una estaca.

PACH. Allá voy.

MARQ. Si ello ha de ser.

(Los tres se dirigen á Estela. Sale el Sargento y se
les interpone.)

ESCENA VI.

DICHOS y el SARGENTO DANIEL.

SARG. ¿Qué es lo que ha de ser?

MARQ. Aparta.

SARG. ¡Quietos aquí, vive Dios!

MARQ. Somos nobles.

SARG. Los que faltan
á una mujer no son nobles.

MARQ. ¡Insolente!

SARG. Menos plantas,
que yo siempre estoy dispuesto
para andar á cuchilladas.

MARQ. Lo veremos.
SARG. Cuando gusten.

ESCENA VII.

DICHOS y la TIA CONGOJAS, con los brazos en jarras, ocupando el centro.

CONG. Dios guarde á la gente honrada.

BARB. ¡La tia Congojas!

PACH. ¿Ves?

Tú verás la que nos arma.

CONG. Primero que *naide* riña

má parecio venir

de *vesita*, pa decir

dos piropos á esa *niña*.

Los tiempos andan muy *magros*

para el comercio de vinos,

y ella gasta flecos finos:

esa chica hace milagros;

tras de sus pulidas manos,

que no se amasan el pan,

mis parroquianos se van;

¿qué les dá á mis parroquianos?

Que no lo cuente, y me obligo

á *retractar la tonada*.

SARG. Silencio, lengua malvada.

ESTELA. Atrás, que eso vá conmigo.

MARQ. Vamos á estar divertidos presenciando esa batalla. (Al Vizconde.)

BARB. Por Dios, hablada en canalla, y si no, somos perdidos.

(Al oído á Estela.)

ESTELA. Sabe usted, tia Congojas, que me está usted *requemando*,

con andar siempre tomando

el rábano por las hojas?

¡Quiere usted saber por qué

tras tantos esfuerzos vanos

se le van los parroquianos?

Pues se van porque está usted.

CORO. Bien.

- ESTELA.** Si esas narices rojas
untadas siempre de unguento
espantan á un regimiento:
¿está usted, tia Congojas?
Si sabe cada vecino
lo mucho que usted se afana
en no tener de cristiana
mas que el bautizar el vino?
Mírese usted sus facciones
en un espejo cualquiera:
ni al diablo sirven siquiera
para malas tentaciones.
- CONG.** Oiga usted.
- ESTELA.** Me he vuelto sord a.
- CONG.** ¿De dónde sale el dinero?
- UN BEB.** Fuera esa bruja.
- CONG.** No quiero,
que he de decir la gorda.
¿Con qué comercio ganó
ese rango que sostiene?
¿Que diga de dónde viene
ó qué madre la parió!
- ESETLA.** ¿Quién me pario? No lo sé:
pero no pase usted afan,
que al verme, todos dirán
que no me ha parido usted.
Y gano tanto dinero,
que allí donde yo me planto,
por no querer ganar tanto
tengo que decir: «no quiero»
- CONG.** Bicho insolente.
- ESTELA.** Azucena.
- CONG.** Viborilla.
- ESTELA.** Cuerpo bueno.
- CONG.** Te he de estrujar el veneno.
- ESTELA.** Vaya usted en hora buena.
- CONG.** Ya te contaré yo un cuento.
- CORO.** Fuera la bruja.
- CONG.** ¡Canario!
Yo contaré al vecindario
por qué no quiere al Sargento.
- VIZC.** Vamos tras ella á saber

- (Al Marqués.) qué dice; tengo sospecha...
CONG. Veremos si de esta hecha
te privaré de vender.
ESTELA. Vaya usted á inventar primores.
VIZC. Á ver qué cuenta esa fiera.
CONG. Yo lo diré. (Gritando y yéndose.)
CORO. ¡Fuera! ¡fuera!
CONG. Si, señores, si, señores.
(Váse seguida de varios de los nobles.)
PACH. Bien, Lucia, el enemigo
se ha retirado en derrota:
¿y qué dirá esa marmota
de tí?
BARB. No te importe un higo
lo que diga.
PACH. Bueno.
BARB. Ahora
á cenar todos.
PACH. Corriente,
vaya hácia arriba la gente
y á la mesa, que ya es hora.
Hoy hay cena de archipreste,
buen jamon y buenas truchas;
y muchas perdices, muchas,
y un ganso, inas grande que este.
(Poniendo la mano sobre el Baron.)
BARB. (¡Hasta estel...)
PACH. Tú cuidarás (Á Bárbara.)
de colocarme con arte
donde yo pueda mirarte.
BARB. Hombre, ya me mirarás.
PACH. Barbarita, no te enfades,
deja que al verte me hechice.
SARG. Barbarita, ¿qué te dice
tu esposo?
BARB. Barbaridades.
PACH. Ea, ya se *puede* poner
en marcha *too el regimiento*,
y yo delante; Sargento,
dá tú el brazo á mi mujer.
(Salen todos menos Estela, por la escalera que con-
duce arriba al interior.)

ESCENA VIII.

ESTELA.

Qué agitacion tan eterna
y qué tropel de emociones,
bajar desde los salones
de un palacio, á una taberna:
allí el lujo, aquí la hez,
allí todo lo elegante,
aquí la lucha punzante
que ruboriza mi tez.
Un noble Baron allí
tan necio como opulento,
aquí, un pobre Sargento
cuya alma vá tras de mí,
y sin alcanzar siquiera
un consuelo á su dolor,
espira el pobre de amor,
por la humilde tabernera.
Y la suerte siempre avara
separa á su amada de él...
¡pobre Sargento Daniel!
¡pobre Estela de Fuenclara!

ESCENA IX.

DICHA, el BARON.

BARON. Gracias á Dios que nos vemos
sin testigos.

ESTELA. ¿Pues qué hay?

BARON. ¿Cómo que hay? Eso es
lo que os iba á preguntar.

ESTELA. Conque solo me buscabais
para saber...

BARON. Claro está;
yo me quedé aquí por vos,
porque podía ganar
la frontera...

ESTELA. Y no lo hicisteis.

por miedo del cardenal,
y el miedo os detuvo aquí.
BARON. Puede que sea verdad,
no recuerdo pormenores.
¿Pero cuánto ha de durar
este estado?

ESTELA. Qué sé yo.

BARON. Es que estoy hecho un caiman;
Señor, ¿qué gobierno es este
que dura una eternidad?

ESTELA. Lo que más urge, es que ahora
os vayais á averiguar
lo que cuenta en daño nuestro
esa mujer infernal.

BARON. Teneis razon, ya es de noche,
y entre la turba...

ESTELA. ¡Holgazan!

(Cambiando de tono.)
Á ver si obedeces pronto.

BARON. Vaya un tono desigual.

(Vé al Sargento que baja.)

¡Ah! que está el Sargento.

ESTELA. ¿Lo oyes?

Vivo, ó te voy á plantar
de patitas en la calle.

BARON. Voy.

ESTELA. Voy, pero nunca vas.

(Váase el Baron por el foro.)

ESCENA X.

ESTELA, el SARGENTO.

SARG. (Sola por fin la cogí
y era ya tiempo, pardiez,
de decirle de una vez
todo lo que tengo aquí.)

ESTELA. (Trataré de ver si evito...)

(Vá á sentarse detrás de una mesa, cogiendo un
cuaderno, como quien repasa cuentas.)

Hola, Daniel; no vá usted
á la mesa?

- SARG. No.
- ESLELA. ¿Por qué?
- SARG. Porque no tengo apetito.
- ESTELA. Pues si falta usted á la cena le van á llamar uraño.
- SARG. Hay horas en que hace daño la felicidad ajena.
- ESTELA. Esta mañana he provisto de vino, y estoy temblando de sacar cuentas hablando.
- SARG. Pues me siento aqui y no chisto. (Mal que te pese, hablarás aun cuando yo pierda el tino.)
(Se sienta en la mesa donde habian estado los nobles y empieza á beber.)
- ESTELA. (Vá á emborracharse.)
- SARG. Buen vino.
(Llena otro vaso. Estela lo tira.)
- ESTELA. Basta, no se bebe mas.
- SARG. ¿Qué es eso, me desafías?
Trae acá el vino.
- ESTELA. No quiero.
- SARG. Lo pido por mi dinero.
- ESTELA. No diga usted tonterias.
- SARG. ¿Conque delante de tí no puedo hablar ni beber?
- ESTELA. No señor.
- SARG. ¿Pues qué le de hacer?
- ESTELA. Siéntese usted, y quieto ahí.
- SARG. Lucia, por compasion, escúchame una palabra.
- ESTELA. ¡Jesus! (Como sacando cuentas, impaciente)
- SARG. Déjame que te abra una vez mi corazon, no quieras que me consuma sin escucharme siquiera; tengo en el alma una hoguera.
- ESTELA. Ya he equivocado la suma.
- SARG. ¿Me quieres desesperar?
- ESTELA. No señor, que voy á oír; ¿qué tiene usted que decir?
- SARG. Que te adoro á mi pesar.

MUSICA.

ESTELA.

¿No sabe usted,
señor Daniel,
que yo en amor
no doy cuartel?

Que yo soy mujer
que no amé jamás?

SARG.

Ten, por Dios, Lucia
de mi amor piedad.

ESTELA.

Yo no probé,
yo no sentí,
de una pasión
el frenesí.

Libreme la Virgen
de tan grave mal.

SARG.

Ese mal sería
mi felicidad.
Cuando aquí entré y te ví
á mi pesar el alma
se fué detrás de tí;
yo quise huir veloz,
y el aire me faltaba
faltándome tu voz.

Si comprender
puedes mi amor,
ten ¡ay! piedad
de mi pasión.

La hoguera de mi alma
su valla reventó.

ESTELA.

No oí jamás
hablar así;
¡qué bonitas cosas
sabe usted decir!
Pero no mas,
no mas por hoy.
(Toda mi alma
estremeció.)

SARG.

¿Me dejarás al menos
mañana continuar?

- ESTELA. Depende solamente
de su docilidad.
- SARG. Impónme lo que quieras
y te obedeceré,
mas galardón no quiero
que el de poderte ver.
- ESTELA. Si tal empeño tiene
en no salir de acá,
permítame siquiera
que pueda trabajar.
- SARG. Cuanto te plazca
puedes hacer,
y si tú quieres
te ayudaré.
- ESTELA. Pues con permiso,
señor Daniel,
una madeja
devanaré.
¿Dónde la pongo
que vaya bien?
(La coloca en una silla.)
Esto es muy ancho.
- SARG. Yo la tendré. (Tomándola.)
Si Hércules hiló la rueca
por quererlo una mujer,
me parece que un sargento
devanar podrá también.
- ESTELA. Esos brazos están altos.
- SARG. Yo los brazos bajaré.
(Los baja hasta que se arrodilla.)
- ESTELA. Tanto y tanto irán bajando
que á llegar van á mis pies.
- SARG. Niña, de hinojos
déjame estar
viendo tus ojos,
viendo tu faz.
No extrañes, niña,
si el que es mortal
al ángel bueno
su culto dá,
- ESTELA. Señor Sargento,

formalidadi,
que á fuer de atento me
me sonrojais.
Alzad del suelo,
por Dios, alzad,
que la madeja
se vá á enredar.

HABLADO.

ESTELA. Á ver si tiene usted juicio,
que esto ya pasó de raya.

SARG. Si no puedo, hija; tu
me saca el alma de quicio.

ESTELA. Qué me enfadó.

SARG. Será en vano:

dame tu mano hechicera;
de sargento á tabernera
no media mas que la mano.

ESTELA. No hay mano ni pié.

SARG. Mi bien,
paga mi amorosa llama.

ESCENA XI.

DICHOS, BARBARITA, desde lo alto de la escalera.

BARB. Sargento, Pachorra os llama.

SARG. Maldita seas, amen!

BARB. Que os quiere hablar con urgencia.

SARG. Voy. No me hagais sufrir mas,
Lucia, porque tendréis
un sargento en la conciencia.
(Váse hácia arriba.)

ESCENA XII.

BARBARA, ESTELA.

ESTELA. Bárbara, yo quiero irme
hoy de esta casa.

- ESTELA.** ¿Qué decis?
- BAR.** Que hoy nos prenden sin remedio.
- ESTELA.** ¿Pero qué ocurre? explicaos.
- BAR.** ¿Qué ocurre? que anda revuelto todo el barrio y hay corrillos, y no nos queda ni un resto de salvacion, ¡perra suerte!
- ESTELA.** Hasta ahora no comprendo...
- BAR.** ¿No comprendéis? pues vereis cómo lo vais comprendiendo. La tia Congojas, pues, esa furia del infierno, despues de largar aquella andanada de denuestos, salió á la calle seguida de aquellos nobles, de aquellos que estaban allí.
- ESTELA.** Adelante.
- BAR.** Como ellos son perros viejos no se tragaron la píldora de que vos fuerais del pueblo, y á medida que ella hablaba ellos iban recogiendo datos, de cuyas resultas el resultado es funesto.
- ESTELA.** Pero bien, ¿en qué se fundan?
- BAR.** En que teneis mucho ingenio, en que seguis rehusando la mano de ese Sargento, y al reunir estos datos dijeron; «aquí hay misterio.» Y entonces, el Marquesito, que olfatea muy de lejos, pensando en mi parecido, y en que el dia del suceso yo me debia casar con vos, exclamó: «pues ciertos son los toros,» y estos toros son los que busca el gobierno. Se juntó gente en seguida, empezó á cundir el eco y á reunirse alguaciles,

y á andar el *rum rum* creciendo,
y yo á correr reventado
á referir el suceso.

ESTELA. Y bien, ¿qué hacemos ahora?

BARB. Canastos, el caso es serio.

ESTELA. Yo por mí no temería.
ni la prision ni el encierro.
¡pero mi hermano! ¡mi hermano!

BARB. Y yo que corro igual riesgo,
porque el ministro en su rabia
vá á retorcerme el pescuezo.

ESTELA. No habrá medio de salvarnos?

BAR. No hay mas que uno, uno ó muertos.

ESTELA. Decidlo pues.

BAR. Que ahora mismo
os caseis con el Sargento,
y desvanecais de un golpe
tobas las sospechas.

ESTELA. Cierto.

¿Y vos me lo aconsejais?

BARB. Me parece que el momento
no es para andarse en escrúpulos.
Lo primero es mi pellejo.

ESTELA. (¡Miserable!)

BARB. De esta suerte
salimos del paso ilesos:
y no hay que darle mas vueltas,
porque no nos queda tiempo.

ESCENA XXI.

DICHOS, el SARGENTO, bajando de abajo en dirección á la escalera.

SARG. Adios, Lucia.

ESTELA. Daniel,
una palabra en secreto. (Le habla bajo.)

SARG. De verdad?

MSTEL. Ahora mismo.

SARG. ¿Sabes, hija, que me has puesto
que no.. que no puedo hablar?

ESTELA. Pronto, muy pronto.

- SARG. En un vuelo.
(Al salir se encuentra con Bárbara, la coge por la cintura y la hace dar una vuelta.)
Arriba, chica.
- BARB. Reloco.
- SARG. Fuera del paso, zopenco.
(Al Barón, que le dá un puntapié y que cae.)
- BAR. ¡Bárbaro! para alegrarse
creo que me ha roto un hueso.
(Estela llora. Bárbara se le acerca.)
- BARB. ¿Llorais?
- ESTELA. Sí; pobre Daniel,
él que es tan noble y tan bueno
y me ama tanto, yo en pago
voy á desgarrarle el pecho.
- BAR. Que ya viene. Si preguntan
por mí, que estoy en paseo.
(Se esconde debajo de la mesa.)

ESCENA XV.

DICHOS, la TIA CONGOJAS, seguida de una ronda de ALGUACILES, PACHORRA y los CONVIDADOS, bajando de arriba.

- CONG. Aquí la teneis, señores;
y que conteste cualquiera
si conoce taberna
que gaste tantos primores:
sí, señores, yo que cuento
sesenta años de ejercicio,
no le he sacado al oficio
apenas para el sustento.
Y ese trasto, que ha venido
á tratarme á mí de *plepa*,
triunfa sin que se le sepa
padre, hermanos ni marido.

MUSICA.

CORO DE ALG. (Dirigiéndose á Estela con cierta solemnidad cómica.)

Responded,
contestad
á lo que la justicia
os viene á interrogar.

ESTELA.
Quién sois vos
nos direis,
bajo severas multas
impuestas por la ley.
¿Quién soy yo?
¿No lo veis?
Soy una tabernera
que á todos trato bien,
y no sé
qué razon
habrá para que usen
conmigo tal rigor.

ALGS.
Debeis ser
algo mas,
segun de sus indicios
deduce el Cardenal;
y no deis
en fingir,
pues ante la justicia
es vano todo ardid:
la menestrala aqui presente
declara pestes contra vos,
y dá por falsa la patente
con que ejerceis la profesion.
Como el gobierno siempre cela
por el decoro del poder,
y hoy se conspira á toda vela,
por un si acaso se os vá á prender.

ESTELA.
CORO.
¿Prenderme á mí? ¿por qué?
Por órden en justicia
se debe proceder:
en chirona
la persona,
y el por qué
vendrá despues.
Vuestro nombre y estado
hay que saber.

ESCENA XVI.

DICHOS, el SARGENTO, seguido de un ESCRIBANO y tres ó cuatro SOLDADOS.

- SARG. Es su nombre Lucia,
y es mi mujer.
- TODOS. ¡Su mujer!
- SARG. No tiene aquí la ronda
nada que ver.
- ALGS. (Á la tía Congojas.)
Ya la oís;
contestad,
porque ella de calumnia
os puede demandar.
- CONG. No es verdad,
no es verdad.
- SARG. Aquí viene el contrato
y lo vereis firmar.
- ALGS. Pues señor,
esto ya
es cosa que concierne
al fuero militar,
y hay aquí
precision
de celebrar capítulo
incontinenti, *ad hoc*.
Por providencia primera
ver si la firma es veraz.
- SARG. Firmo, Daniel Monteorgaz.
- ESTELA. Lucia la tabernera.
Todo peligro
ya conjuré,
y ahora mismo
voy á huir de él.
De mi nobleza
llano el deber:
dile algun dia
que yo le amé.
- BARB. Si de su lado
huir quereis,

con vos, señora,
huyó tambien.
No os abandono,
y amiga fiel
al fin del mundo
yo os seguiré.

SARG.

Mi dicha apenas
puedo creer,
era mi vida,
era mi bien.
Si vivo al daros
ella su fé,
es porque á nadie
mata el placer.

BARON.

De puro miedo
no sé qué hacer,
debi meterme
dentro un tonel.
No será fácil,
si salgo bien,
que yo conspire
segunda vez.

PACH.

Lo que aqui buscan
no entiendo á fé,
tanta golilla
qué viene á ser.
Como se metan
con mi mujer,
de cada palo
derribo á diez.

CORO.

Era soltera,
ya no lo es,
este es un caso
nuevo en la ley.
Y en este trance
para obrar bien,
á entrambos cónyuges
hay que prender.

Por si en la casa hubiera
algun conspirador,
á todos declaramos
sujetos á prision.

SARG. Señores, mi paciencia
se apura, vive Dios,
y sobre sus costillas
les tocaré el tambor.

CORO. Somos le ronda,
daos al rey.

SARG. Soy yo algun manco,
voto á Libélula,
Ya que no salen
de bien á bien,
ya haré que salgan
á puntapiés.

PACH. Yo con la estaca
te ayudaré.

PACH. y SARG. Aquí que no peco,
dad, dad.
Estacazo limpio,

mas, mas,
ALGS. Dense á la justicia,
paz, paz.

Sálvese el que pueda.
¡Ay, ay!

(Arremeten Daniel, soldados y mozos contra la rouda, y salen revueltos luchando por la puerta del fondo.)

ESTELA. Adios, mansion, te dejo
para no verte mas,
trozos del alma
quedan acá.
Lleva un vacío
el pecho mio
que el mundo entero
no llenará.

(Vánse ella, Bárbara y el Baron por el portillo del callejon.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

La misma decoracion del primer acto.

ESCENA PRIMERA.

Al levantarse el telon entran por la puerta del foro el BARON,
al que siguen impacientes los CORTESANOS.

CORO. Mil parabienes, señor Baron,
ya la tormenta se dispó,
cayó Alberoni: gracias á Dios,
ya es toda nuestra la situacion;
nuestra victoria cantefnos hoy,
ya que el coloso se desplomó,
pues nos alumbra un nuevo sol,
soltemos riendas á la expansion.

BARB. Sí, amigos míos, al fin llegó
la suspirada reparacion.

CORO. Un puesto en el consejo
se os debe de rigor,
que al fin sois una víctima
de aquella situacion.

BARB. Señores, sin modestia
lo mismo opino yo.
Inflexible en mis principios
la desgracia soporté
relegado al ostracismo
como un mártin de mi fé,

y entre la bárbara persecucion,
mi fé política no vaciló:
y ó no hay justicia en nuestra tierra,
hoy que los nuestros ganando van,
ó en el reparto de las poltronas
lo menos una me ha de tocar.

CORO. Nada mas justo que el rey atienda
á tan probada capacidad.

BARON. De mis estudios.saco yo en limpio
que al pobre pueblo le aguan el vino.

CORO. En todas partes hacen lo mismo.

BARON. Pues yo hasta ahora no lo he sabido,
y esa mezcla mal sana y adúltera,
que rebaja del vino el valor,
asesina la industria vincula,
de la cual quiero ser protector:
el arte agrícola florecerá,
las cajas públicas se llenarán,
raudal benéfico será el poder
si en el pináculo me llego á ver.

(El Coro repite esta frase ó estribillo.)

BARON. De muchos prójimos supe tambien
que á los que sirven dan puntapiés.

CORO. Cuando son torpes bien se ha de hacer.

BARON. Pues es mal hecho, voto á Luzbel,
es preciso estirpar esos hábitos
que revelan un mal corazon,
y tratar con esmero solícito
desde hoy mas á la clase inferior,
y el pueblo mísero con este plan
cultura práctica aprenderá:
raudal benéfico será el poder
si en el pináculo me llego á ver.

HABLADO.

CABALL. ¿Qué fué de vos desde el dia
que os fugasteis de repente?

BARB. Prepararme eficazmente
estudiando economia.
Si nuestro monarca agosto

quiere al poder elevármè,
¿qué he de hacer? Sacrificarme
y aceptar, contra mi gusto.
Con un trimestre de ayuno
pude escapar de mi trance;
yo haré que el ayuno alcance
un poquito á cada uno.
Si yo la cartera cojo,
un desmoche general,
le probaré al Cardenal
que tengo sangre en el ojo:
y así que toda mi saña
consiga satisfacer,
me dedicaré á hacer
la felicidad de España.

CABS. Si vuestra oferta cumplis,
el país á voz en grito...

BARON. ¡Pues si yo me despepito
es por el bien del país!
Yo ahorcaré al cardenal
porque el país lo desea;
lejos de mí toda idea
de venganza personal.

CABS. Y bien, Baron, cuando ya
os halleis en el poder,
nos podemos prometer
los amigos...

BARON. Claro está,
yo no haré como los otros,
que os olvidan.

CABS. Ya lo ois.
(Dirigiéndose á los demas.)

BARON. Antes que todo el país,
pero primero nosotros.

CABS. Todos vuestros.

BARON. Persuadios

que yo daré el galardón
á esa heroica abnegación
con que os haceis todos míos.

(Váanse los Caballeros saludándole con efusión.)

ESCENA II.

BARON, luego el CONDE, el MARQUES y el VIZCONDE.

BARON. Cuán hondamente les hiere
mi voz cuando les arengo,
yo no sé qué estrella tengo,
que todo el mundo me quiere.

CONDE. Adios, querido Baron.

BARON. Respetable Conde y dueño.
Señores.

CONDE. ¿Qué tal estais?

BARON. Siempre sumiso y dispuesto...

CONDE. Sabeis que nuestro Baron (A los otros.)
se me ha vuelto en este tiempo
un completo calavera?

MARQ. } ¿El Baron?
VIZC. }

CONDE. Ni mas ni menos:
el tunante me ha contado
que ha pasado el cautiverio
en casa de cierta ninfa
bailarina.

MARQ. ¡Qué embustero! (Al Vizconde.)

CONDE. Con quien abrigo sospechas
de que anduvo en galanteos.

BARON. Los ímpetus juveniles.

CONDE. Si no me enfado por eso:
es cierto que al separarnos
me dejasteis descontento,
temiendo que os humillarais...

BARON. Humillarme yo, primero...

CONDE. Ya lo sé, os habeis portado
con dignidad, y por eso
acabo de disponer

que esta noche tenga efecto
vuestra boda con mi hermana.

BARON. ¡Cuánta bondad!

CONDE. Justo premio,
debido al carácter que
mostrais en los contratiempos,

soportando la desgracia,
muy noblemente por cierto.

BARON. Eso si, muy noblemente.
VIZC. (El Conde por lo que veo (Al Marqués.)
está en ayunas de todo
lo que ha pasado.)

MARQ. Silencio. (Al Vizconde.)

VIZC. ¿En dónde ha estado la hermana?

CONDE. En la casa de recreo
de una marquesa su amiga,
que conoció allá en el pueblo,
en medio de flores y agua...

BARON. (Ó vino.)

CONDE. Su cautiverio
le probó mejor que el mio;
ellas en oliendo incienso...

BARON. (Yo creo que aun huelo á mosto.)

CONDE. Conque amigos míos, cuento
con vosotros á la hora,
que no falteis.

MARQ. ¡Por supuesto!

(El buen Conde si que está (Al Vizconde.)
tocando el violon y recio.)

VIZC. Nos iremos á vestir
y volvemos.

CONDE. Hasta luego.

ESCENA III.

BARON, CONDE.

BARON. (Gracias á Dios que se van,
sudores me dan de verlos.)

CONDE. ¿Os encuentro distraido
Baron, qué os sucede?

BARON. Nada.

CONDE. Vuestra sílfide encantada
os tiene un poco sorbido.
¿Era guapita, eh?

BARON. Divina.

CONDE. Pues cuidado, porque Estela
es muy lista, que no huela...

- BARON. ¿Qué?
CONDE. Lo de esa bailarina.
Tratad de ser muy discreto,
porque ya veis que ese asunto...
BARON. No temais, sobre ese punto
la domino por completo.
CONDE. Mas vale asi.
BARON. Descuidado
estad.
CONDE. Y vos prevenido. -
(Este chico se ha crecido.)
BARON. Ella viene.
CONDE. Pues cuidado.

ESCENA IV.

DICHOS, ESTELA y BÁRBARA, de la puerta derecha.

- CONDE. Querida hermana, adelante.
BARON. Bella prima...
ESTELA. Adios, Baron.
BARON. Sois un rayo de ilusion,
un ángel.
CONDE. (Pon buen semblante.)
(Bajo á Estela.)
ESTELA. Gracias, primo.
BARON. Prima mia,
se acerca por fin la hora
en que un alma que os adora
pueda deciros, Lucia...
(Pasando delante del Conde de manera que este que-
de pegado á su izquierda.)
CONDE. Torpe. (Dándole un tiron del cascón.)
BARB. (Necedad mas pingüe.)
BARON. ¿Qué hay? (Volviéndose al Conde.)
CONDE. Que la habeis llamado
Lucia.
BARON. ¿Si? no he notado;
habrá sido un lapsus lingüe:
sabe ella que me embeleso
al ver mi dicha vecina.
CONDE. (Eso es que la bailarina

le tiene sorbido el seso.)

ESTELA. Mucho agradezco, Baron,
una honra tan señalada,
aunque no entre para nada
en la boda el corazon:
vos insistis en la boda?

BARON. Insisto con mayor fé.

ESTELA. Valiente sois.

BARON. Como que
soy de pura raza goda.

CONDE. Vamos, por una friolera
no debe haber desazon,
ya ves, una distraccion
la puede tener cualquiera:
yo intercedo porque sé
que al fijar tu porvenir
como noble has de cumplir.

ESTELA. Como mártir cumpliré.

BARON. Esos desdenes crueles
me matan, prima.

ESTELA. Lo siento.

CONDE. Vamos, basta, no es momento
para que te desconsueles.
¿Á qué tanto desentono
por una equivocacion?
ya que te pide perdon
perdónale.

ESTELA. Le perdono.

CONDE. Baron.

BARON. ¿Conde?

CONDE. Si quereis
ver las capitulaciones,
allí estan, pocos renglones,
pronto enteraros podeis.

BARON. Bien estan.

CONDE. Es de rigor
que las leais.

BARON. Siendo así...

(El Baron vá á sentarse al velador de la izquierda de espaldas al Conde y á Estela, esta unos momentos antes habiá ido á sentarse á la silla de la derecha de la mesa que habrá en la derecha de la escena, abismada

- en sus reflexiones; el Conde al ver al Barón ocupado se acerca á la mesa en que está reclinada su hermana.
- CONDE. Estela, ¿qué pasa en tí
que tienes tan mal humor?
- ESTELA. Si no lo puedo fingir.
- CONDE. ¿Te ha enseñado á ser bravia
tu tía?
- ESTELA. Mi noble tía
me ha enseñado á no mentir.
- CONDE. Pues cuida que no desdiga
en nada su proceder
de tu nobleza y deber.
- ESTELA. Ya sé que nobleza obliga,
mas te ruego...
- CONDE. Basta ya,
y obra cual obran las damas,
haciendo ver que le amas.
- ESTELA. No puede ser.
- CONDE. Pues será.
(Con resolucion, dando un puñetazo en la mesa. Á este golpe el Barón se levanta distraido, se echa el pañuelo de sonar que tenia al lado sobre el hombro y corre presuroso al Conde.)
- BARON. Voy.
- CONDE. ¿Adónde? (Volviéndose.)
- BARON. ¿Qué?
- CONDE. Tancredo,
¿qué distraccion teneis hoy?
Dijisteis voy.
- BARON. ¿Dije voy? (Desconcertado.)
pues ya no voy, que me quedo.
(Maldita reminiscencia.)
(Se vuelve á su puesto.)
- BARB. ¡Qué torpe es el angelito!
- CONDE. Vamos, hija, yo te invito
á que tengas indulgencia:
el pobre, al ver que te ablandas,
tiene con el alborozo
unas salidas de mozo
de café.
- BARB. (Cerca le andas.)
- CONDE. Vé á vestirte, y haz de modo

de estar bella.

- ESTELA.** Si es en vano.
CONDE. ¿No sabes tú que tu hermano quiere tu bien sobre todo?
BARON. Nada falta: si hoy consigo (Levantándose) el premio de tanto amor...
ESTELA. Dejádme.
CONDE. (Será mejor que me le lleve conmigo, porque Estela aun tiene trazas de moverle otra querella, y si le dejo con ella me le vá á dar calabazas.) Venid conmigo un momento á escoger Rin y Jerez.
BARON. Voy. (Por fin alguna vez voy á estar en mi elemento.) (Vánse el Conde y el Baron por la puerta del fondo.)

ESCENA V.

ESTELA, BÁRBARA.

- ESTELA.** ¡Habrás estrella mas tirana que la que el cielo me dió!
BARB. Señorita, usted se afana por no plantarse en un no, porque no le dá la gana: su hermano el Conde á su modo empeña su vanidad en dárla un rico acomodo.
ESTELA. Mi hermano me lo dá todo menos la felicidad.
BARB. Para un sacrificio así ¿puede haber razon alguna en cielo ni tierra?
ESTELA. Si, los deberes de la cuna, que no te obligan á tí.
BARB. Pues si un deber tan cruel la nobleza no lo allana con su fausto y su oropel,

bendito sea el dinte!
de mi choza castellana,
que si pobre me crió
me libró de esa camorra,
y en cuanto se me antojó
ví á Pachorra y me gustó
y me casé con Pachorra.
¡Y qué perdido andará
el pobrecito sin mí!

ESTELA. Bárbara, vuélvete allá,
déjame sola.

BARB. ¡Pues ya!
para que yo os deje así
decid que busquen ardido
de hácerme á mí ese atropello,
y veremos, voto al Cid,
si antes de pasar por ello
le pego fuego á Madrid.

ESTELA. ¡Ay, Bárbara! tu razón
no alcanza el mal á que cedo:
en tu pobre condicion
puedes tener corazón,
y yo le tengo y no puedo.
La sociedad en que aliento,
que de reirse no cesa,
no conoce el sentimiento
ni admite que una condesa
se enamore de un sargento.
Que mientras maldecirá
mi memoria justamente,
conmigo su imágen vá
y vive aquí mas presente
cuanto mas ausente está.
Llevo su memoria escrita
en el libro de mi fé,
como una ilusion bendita...

BARB. Recáscaras, señorita,
y qué bien lo parla usted.

ESTELA. Tú no puedes remediar,
Bárbara, mi padecer,
vuélvete pues á gozar
la paz del alma en tu hogar.

- BARB. ¡Si yo pudiera volver!
¿Dejarla á usted ansina? ¡pues!
Aunque tuviese modorra
mi marido todo un mes
no iría, tiempo hay despues
de contentar á Pachorra.
- ESTELA. Déjame que en galardón
del cariño recibido
te abrace con efusion,
tienes muy buen corazón.
- BARB. Si señora, y buen marido.
(Váuse Bárbara hácia el cuarto izquierdo, Estela
hácia el derecho.)

ESCENA VI.

ESTELA y BARON, del fondo.

- BARON. Una palabra, primita,
traigo otro susto.
- ESTELA. ¿Qué hay?
- BARON. Se le ocurrió á vuestro hermano
mandarme á casa á buscar
unas botellas que tengo
de Rin y de Frontiñan.
¡Por fortuna iba en mi coche,
que si no Dios de Abraham!
¿Qué ocurrió?
- ESTELA. Que iba trotando
por la calle de Alcalá
tan arrellanado y sério,
con aquella gravedad
propia de hombres importantes
á quienes se vá á llamar:
y en efecto me han llamado.
- ESTELA. ¿Para ser ministro?
- BARON. ¡Cá!
El que me llamaba era
una voz descomunal,
que entró por la portezuela,
gritando á todo gritar
Pepillo, Pepillo, para.
¿Quién era?

BARON.

¿No adivináis?

El condenado Sargento,
que emprendió á correr detrás
del carruaje como un perro,
y yo á fuerza de encargar
al cochero que arreará,
he conseguido llegar
veinte pasos antes que él,
veinte pasos nada más.

ESTELA.

¡Daniel aquí!

BARON.

No, señora,

no está ya aquí, no temais,
yo he evitado la catástrofe
con un recurso.

ESTELA.

¿Con cuál?

BARON.

Con decir á los porteros,
ved que siguiéndome vá
un Sargento que está loco,
que no le dejéis pasar.
Y me subí y llegué arriba
cuando él llegaba al umbral,
y así que me he visto en salvo,
me he quedado allí á escuchar.
Pepillo, Pepillo, espera,
que te voy á dar un real
para echar un trago. ¡Oh mengual
Y ya se vé, los de acá
le detuvieron el paso:
él se obstinó en porfiar.
Llegaban los convidados,
se hizo corro, y cuantos mas
detalles dió sobre mi
historia particular,
mas dijeron al oírle,
¡pobre mozo, loco está!
Ya vereis entre los nuestros
qué risa vá á haber.

ESTELA.

Jamás

seré yo cómplice de
semejante iniquidad,
(¡Pobre Daniel!) (Vase á su cuarto.)

ESCENA VII.

BARON.

Pues señor
esto me empieza á escamar,
cuando mi gracia no le hace
gracia, por algo será.

ESCENA VIII.

SARGENTO y PACHORRA subiendo por el balcon, uno despues de otro. PACHORRA presentará el aspecto de un hombre escuálido y embobado.

- SARG. Vaya si le encontraré
aunque le esconda el infierno.
- PACH. Dame la mano, Daniel.
- SARG. Vamos, hombre, anda ligero. (Dándosela.)
- PACH. No puedo, todas mis fuerzas
me abandonan por momentos.
- SARG. Veremos, voto á mil diablos,
si yo le saco del cuerpo
adónde se la llevó.
¿En qué piensas?
- PACH. En aquello.
- SARG. Haz corage, vive Cristo,
y no te estés como un memo
llorando por quien te deja.
- PACH. Qué quieres, eso vá en genios,
yo la seguia lo mismo
que el choto sigue al cencerro,
y hoy que el cencerro me falta
me falta á mí el fundamento.
¿Pero, me quieres decir
qué haremos aqui?
- SARG. ¿Qué haremos?
- PACH. Echar el guante á Pepillo.
- PACH. Pero hombre, vaya un empeño,
si es un Baron, no es Pepillo,
y opino que nos marchemos,

pues si nos hallan aqui
nos van á azucar los perros.
SARG. Le ví, te digo que era él,
pero amigo, no hallé medio
de hacerme franquear el paso;
salí á la calle, resuelto
á subir á toda costa;
veo el jardin y te encuentro,
escalamos las paredes
y aqui estamos.

PACH. No seas terco,
vámonos pronto á la calle,
que nos van á poner presos.

SARG. Pues vete solo si quieres,
ya he subido y no me muevo.

PACH. Bueno, iremos á la cárcel,
qué mas dá.

SARG. Cuando recuerdo
que él huyó tambien con ella...
ya verás tú si le fuerzo
á que de buen ó mal grado
nos diga su paradero.

(Se ponen á pasear en direccion opuesta, Pachorra
hácia la izquierda, Daniel hácia la derecha.)

PACH. ¡Ah mujeres!

SARG. ¡Ah mujeres!

PACH. Ya nunca mas las veremos.

(En este momento se abren las dos puertas de la de-
recha y de la izquierda. Por la derecha sale Estela
que viene á encontrarse frente de Daniel, por la de
la izquierda, Barbarita que viene á salir frente á Pa-
chorra. Al verlos respectivamente retroceden dos
pasos Daniel y Pachorra azorados; Estela y Bárbara
se quedan sobrecogidas y retroceden velozmente á
sus habitaciones, volviendo á cerrar las puertas. To-
do esto debe ser muy rápido.)

LOS CUATRO. ¡Ah!

DAN. y PACH. Es ella.

PACH. ¡Daniel!

SARG. ¡Pachorra!

PACH. ¡La has visto?

SARG. ¡Pues ya lo creo!

- PACH. Con su saya negra.
SARG. No,
si vá de blanco, camueso.
PACH. Este vé lo negro blanco.
SARG. Este vé lo blanco negro.
PACH. Vá de negro.
SARG. Vá de blanco.
PACH. (Está incapaz.)
SARG. (Está lelo.)
PACH. Dónde habrá ido.
SARG. No sé.
(Pachorra vá á asomarse al balcon del fondo izquierda, y como si viese á Barbarita, despues del verso, se precipita de cabeza por él, mientras Daniel mirá cuidadosamente por el ojo de la llave por la puerta donde apareció Estela.)
PACH. Ya la veo, ya la veo. (Se tira.)

ESCENA IX.

- DANIEL y el CONDE, que saldrá por la puerta del fondo, despues de los ocho versos de Daniel.
- SARG. ¡Caracoles, qué redoble
me estan tocando aqui dentro!
y me he quedado temblando
como si tuviera miedo.
Pero, vive Dios, que ahora
que la he visto, no la suelto.
Voy la puerta á derribar
aunque los diablos lo impidan.
- CONDE. ¿Calle, quién será este quidan?
¿Qué hace usted aqui, militar?
- SARG. Buenas tardes.
(Bruscamente y sin moverse del sitio.)
- CONDE. (¡Qué cinismo!)
Mocito, vamos á ver...
- SARG. (Daniel yéndose á él decidido sable en mano.)
Ó me dá usted á mí mujer
ó le mato á usted, aqui mismo.
- CONDE. (Zambomba, este está loco.)
- SARG. Mire usted que no chanceo.

- CONDE. Bien, hombre, bien, ya lo veo,
pero explíquese usted un poco.
- SARG. ¿Usted á dárme la se allana,
si, ó no?
- CONDE. Si, hombre, si,
- SARG. Pues mire usted, está allí.
- CONDE. ¿En el cuarto de mi hermana?
- SARG. En ese.
- CONDE. (Cosa mas rara,
vá picando mi interés.)
- SARG. ¿Su hermana de usted, quién es?
- CONDE. Doña Estela de Fuenclara.
- SARG. Pues no es esa.
- CONDE. Ya lo sé.
- SARG. Y si es usted el señor Conde,
servirme le corresponde,
que bien le serví yo á usted.
- CONDE. ¿Dónde y cuándo?
- SARG. El dia aquel,
que el darle franca salida
pudo costarme la vida;
soy el Sargento Daniel,
- CONDE. ¿Usted es Daniel? Ya que aqui
hallo tan grata visita,
le suplico á usted que admita...
(Sacando un bolsillo.)
- SARG. ¿Por quién me toma usted á mí?
- CONDE. Es verdad, yo cuidaré
de que el rey honre su espada.
- SARG. Yo no necesito nada,
soy tan noble como usted.
- CONDE. Tan noble cual yo, ¿por dónde?
- SARG. Aqui y del mundo á la faz,
soy Daniel de Monteorgaz,
nieta de un conde, muy conde.
- CONDE. Me alegro, y quiero saber
qué desea usted que haga
para que le satisfaga.
- SARG. Devolverme mi mujer.
- CONDE. Hombre, si yo la tuviera
con gran placer.
- SARG. Vá de dama,

y está allí dentro, y se llama
Lucia la tabernera.

CONDE. ¿Tabernera? Por mi fé
que no caigo por tal seña;
pero ya que usted su empeña
voy á complacerle á usted.
(Vá y llama al cuarto de Estela.)

ESCENA X.

ESTELA, CONDE, DANIEL.

CONDE. Sal, Estela, haz el favor.

ESTELA. ¿Qué quieres, Conde?

CONDE. ¿Hay alguna
mujer contigo?

ESTELA. Ninguna.

CONDE. Lo estais oyendo. (Á Daniel.)

ESTELA. (Valor.)

SARG. Lucia, soy yo que os llamo.

CONDE. ¿Qué dice?

ESTELA. ¿Y quién sois vos?

SARG. Soy Daniel.

ESTELA. ¿Daniel?

SARG. Por Dios,
si comprendeis lo que os amo,
no finjais de esa manera.

CONDE. (Todo el mundo hoy desatina,
aquel con la bailarina,
este con la tabernera.)

ESTELA. No entiendo... (Á Daniel.)

CONDE. El que ves acá (Pasando.)
es el Sargento Daniel,
¿sabes? El jóven aquel
que nos dejó escapar.

ESTELA. Ah,
ya caigo.

CONDE. Ya vá cayendo. (Á Daniel.)

SARG. (Dios mio, estaré yo loco.)
Ved que soy yo que os invoco.
¿Me comprendeis?

ESTELA. Os comprendo.

En aquella noche fiera
nos dejasteis escapar,
y no os lo podré pagar
tal vez como yo quisiera.

Pero á la madre que un día
os dió el ser, que os ama fiel,
yo la cuidaré, Daniel,
como si fuese la mía.

Y yo iré á pedirle allí
su bendicion para vos,
para que al rogar á Dios
ruegue por vos y por mí.

CONDE. (¡Cómo siente, pobrecilla!)

SARG. ¿No me debeis mas?

ESTELA. No sé
que os deba mas. (Cortada.)

SARG. (¡Si seré

presa de una pesadilla!)

Pues bien, escuchad por Dios:

mi alma á una mujer adora,

que si no sois vos, señora,

tanto mejor para vos.

Porque si teneis conciencia

no la sentireis cargada

de un alma desesperada

que aborrece la existencia.

Vióse esta mujer que adoro

un día puesta en un brete,

y buscó en tornó un juguete

para salvar su decoro.

Fingiendo escuchar mi ruego,

en una taberna ruin

encontró el juguete al fin,

á mí, que la amaba ciego:

mostrándome buen cariz

me instó á que fuese su esposo,

y yo acepté mas dichoso

si con verla era feliz:

correr de un notario en pos

y firmar, fué un breve rato,

y así que firmé el contrato

huyó sin decirme adios.

¿Qué se hace á una mujer
cuando nos deja sin vida?

CONDE. Se la mata.

ESTELA. Se la olvida,
y es lo que debéis hacer.

SARG. ¿Que viva yo sin su amor?
la muerte es menos cruel.

ESTELA. ¿Y por qué morir, Daniel?
olvidadla, y es mejor.
¡Y vuestra madre, que anhela
abrazaros!

SARG. ¡Madre mia!

CONDE. Vamos, cualquiera diria
que nos cuenta una novela.

SARG. ¡Es su voz! Si se burlara
de mi dolor... Loco estoy.
¿Sois Lucia?

ESTELA. No lo soy.

Soy Estela de Fuenclara.

(Váse por el foudo, y así que vuelve la espalda á
Daniel, se le vé llorar amargamente.)

CONDE. ¿Conque la moza villana
sin mas ni mas os plantó?

SARG. Si, señor.

CONDE. Pues os jugó
una partida serrana;
pero lo que yo no entiendo
es que tomaseis á Estela
por esa chusca mozuela.

SARG. Ni yo mismo me comprendo.

CONDE. ¿Hay alguien que no discierna
sus distintas condiciones?

SARG. Como yo he visto barones
que eran mozos de taberna...

CONDE. Por Dios, Sargento.

SARG. Un muñeco
esta tarde encontré yo
que en la taberna sirvió,
un Baron de Troncosco.

CONDE. ¿Mi futuro hermano?

SARG. ¿Quién
vá a ser su hermano?

CONDE. El Baron.
SARG. Pues merece la eleccion
un cumplido parabien.

ESCENA XI.

DICHOS y el BARON, que se dirige atropelladamente al Conde.

BARON. Conde, el rey nos llama, y creo
que nos van á hacer ministros.

CONDE. (Cogiéndole de la muñeca y trayéndole á la boca de
la escena.)
Venid, mirad á ese hombre.

BARON. (¡Zape!)

CONDE. ¿Dónde le habeis visto?

BARON. No caigo.

SARG. Vé lo que dices,
porque si mientes te enristro.
¿Dónde llevaste á Lucia?

CONDE. (Vuelta el otro á su estribillo.)

BARON. ¿Qué dice?

CONDE. Vos lo sabreis.

BARON. Si fuerais un igual mio...
Conde, que el rey nos espera.

CONDE. Quiero antes poner en limpio
lo que de vos dice ese hombre.

BARON. ¿Dice algo?

CONDE. Si, que habeis sido
mozo de taberna.

BARON. ¡Yo!

¿Y cómo se ha atrevido...
Conde, que el rey nos espera.

SARG. Y lo sostengo, y afirmo
que te daba un puntapié,
siempre que no andabas listo.

CONDE. ¡No es posible!

BARON. ¡Qué ha de ser!

CONDE. ¡Fuera indigno!

BARON. ¡Mas que indigno!...

Conde, que el rey nos espera.

SARG. ¡Cuánto vá á que le santiguo!

BARON. Eso es levantar calumnias

á la persona de un titulo
con amenazas rateras,
que yo repruebo y resisto.

(Daniel se habrá ido á la mesa de la derecha, mientras el Baron hablaba con el Conde, y dá un golpe en ella con decision.)

SARG. Vino, mozo.

BARON. Voy.

CONDE. ¿Qué es esto?

BARON. Que el rey me espera.

(Echa á correr por la puerta del fondo.)

CONDE. Os exijo...

SARG. Tomó tierra.

CONDE. Yo sabré
la verdad de ese embolismo.

(Marchándose de prisa.)

SARG. Ya está patente el arcano.

Doña Estela era Lucia,
y la que fué el alma mia
vá á dar al Baron la mano.

Y he aquí la turbacion
de doña Estela al hablarme,
quiso de nuevo engañarme:
¡si no tiene corazon!

MUSICA.

¡Ay! malhaya la hora infausta
que sus negros ojos ví,
que por darme luz un dia
me dejaron ciego al fin.

Será la ingrata
mi amor postrero,
del alma mia
la fé le dí,
horrar su imágen
del alma quiero,
mas ¡ay! no puedo,
la tengo aqui.

Mariposa fascinada
es mi pobre corazon,

que al querer volar se abrasa
en la hoguera de su amor.

Si al rudo esfuerzo
del pecho herido,
aborrecerla
decido al fin,
responde el alma
con su gemido,
vivir sin verla,
será morir.

ESCENA XII.

DANIEL y PACHORRA, de la puerta del jardín.

HABLADO.

- PACH. ¡Ay Daniel, ahora si
que sucumbo á mi desgracia!
- SARG. ¡Qué vil traicion!
- PACH. ¡Qué falacia!
¿Quieres escucharme?
- SARG. Dí.
- PACH. Divisé á mi buena pieza
en el jardín, y yo tonto,
para alcanzarla mas pronto
bajé al jardín de cabeza.
Llegué á ella cariñoso,
y le dije: mirame,
monona. ¿Quién es usted?
Soy Pachorríta, tu esposo.
Ansiosa el alma de goce,
me acerqué rodilla en tierra,
y la grandísima perra
dice que no me conoce.
- SARG. Es claro, la vanidad
de dos nobles disfrazadas
hoy sufre á nuestras miradas.
- PACH. ¿Qué me cuentas?
- SARG. La verdad.
Lucia es una condesa.

- PACH. ¡Jesus, Maria, José!
¿Y Barbarita?
- SARG. No sé.
- PACH. Yo estoy lelo de sorpresa.
¿Conque tras de desposarnos
nos habrán hecho al querernos
la picardia de hacernos
marqueses sin consultarnos?
Me horroriza ese atentado.
- SARG. ¡Pardiez que la hazaña es bella!
- PACH. En fin, para estar con ella
á todo estoy resignado.
- SARG. Si el veneno que aqui abrigo...
Marchémonos sin demora.
- PACH. Bueno.

ESCENA XIII.

DICHOS, el CONDE y ESTELA.

- CONDE. Alto, vá usted ahora
á arreglar cuentas conmigo.
¿Conque usted la enamoró
sin darme á mi parte?
- SARG. ¿Y qué?
¿Sabia que fuese usted
su hermano?
- CONDE. Verdad que no.
- SARG. Y ya que hablar corresponde,
sepa usted que mi amor era
á una gentil tabernera,
no era á la hermana de un conde.
- CONDE. Pues bien, renunciad, Daniel,
á un enlace desigual...
- ESTELA. Hay un obstáculo.
- CONDE. ¿Cuál?
- ESTELA. Que yo no renuncio á él.
- SARG. Ved, por Dios, que un golpe en vago
puede matarme.
- CONDE. Mancebo,
ella debe...
- ESTELA. Si que debo,

y vas á ver cómo pago.
CONDE. ¿Y tu fé comprometida?
ESTELA. ¿No ves que me enamoró?
CONDE. Ni por esas.
ESTELA. Si.
CONDE. Que no.
ESTELA. ¿Que no? Á muerte ó á vida.

ESCENA ÚLTIMA.

DICHOS, el BARON, el MARQUÉS, el VIZCONDE, BARBARA
y CABALLÉROS.

ESTELA. Adelante, caballeros.
Pues la historia conoceis
de la taberna, debeis
servirme de consejeros.
El Sargento aqui presente
mi honor allí defendió,
y es tan noble como yo
y lleva un nombre eminente.
Le juré constancia eterna,
que hoy me viene á reclamar.
¿Puede un noble retractar
lo que ofreció en la taberna?

MARQ. Fuera un proceder villano.
No es noble ni bien nacido
quien falta á lo prometido.

ESTELA. Lo mismo dice mi hermano.

CONDE. (¡Taimada!)

MARQ. Nunca faltó
un Fuenclara á la hidalguia.

CONDE. Cierto; mas no me atrevia
por mí solo...

BARON. ¿Pues y yo?

ESTELA. Sereis testigo.

BARON. La afrenta
vuestros blasones manchara
si una hermana de Fuenclara
descendiera á ser sargenta.

ESTELA. Mucho desciendo, Baron;
pero en fin, ¡cómo ha de ser!

peor fuera ser mujer
de un mozo de bodegon:
¿no os parece?

BARON. (Me ha partido.)

MARQ. Muy bien: manteneos tieso.

VIZC. ¿Qué quiso decir con eso?

BARON. Yo no sé, no lo he entendido.

ESTELA. Daniel, me haceis el honor
de aceptar mi mano?

SARG. ¡Ah!

Mi alma os compensará
con una vida de amor.

ESTELA. ¡Daniel!

CONDE. Yo obligué á mi hermana
á cumplir con su deber,
y lo cumplió. (Con hacer
lo que le ha dado la gana.)

ESTELA. ¿Me quieres, Mauricio?

CONDE. Si,

aunque tienes faltas graves.

ESTELA. Corrígeme: si tú sabes
que siempre mandas en mí.

Ya lo ves, le quiero bien,
y en su mirada me abraso.

Noble es como yo, y me caso.

(Si no lo fuera, tambien.)

PACH. Confuso y suspenso estoy
de lo débil que es Daniel:
no cederé yo como él.

BARB. Pachorra.

PACH. ¿Qué?

Ven.

BARB.

PACH.

Ya voy.

FIN DE LA ZARZUELA.

Habiendo examinado esta zarzuela, no hallo inconveniente en
que su representacion sea autorizada. Madrid 19 de Diciembre
de 1861.

El Censor de Teatros,

ANTONIO FERRER DEL RIO.



6 114

ASIRSE DE UN CABELLO.

**LIBRERIA DE QUESTA
CARRETAS 3 MADRID**

